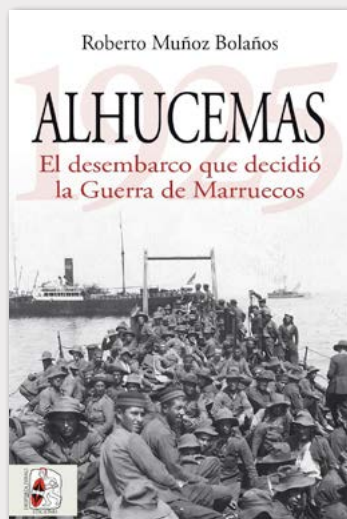


El desembarco que decidió la Guerra de Marruecos

En el centenario de Alhucemas, el historiador Roberto Muñoz Bolaños nos ofrece una profunda y ponderada renovación histórica que desafía la narrativa tradicional, analizando su impacto tanto en la Guerra del Rif como en el contexto político de la época. A través de un estudio tan exhaustivo como crítico de las operaciones militares y la complejidad de las decisiones estratégicas, el autor nos acerca a la realidad de un encarnizado conflicto que condicionó profundamente la historia de la España del siglo XX y dejó heridas a ambos lados del Estrecho aún sin cicatrizar.



Alhucemas 1925.
El desembarco que decidió
la Guerra de Marruecos
978-84-129846-9-9
372 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €



Roberto Muñoz Bolaños. Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid, es profesor en la Universidad Camilo José Cela, la Universidad del Atlántico Medio, la Universidad Francisco de Vitoria, la Universidad Nebrija y el Centro de Educación Superior de Enseñanza e Investigación Educativa. Su campo de investigación se ha centrado en la historia militar. Ha escrito numerosos artículos en revistas académicas y capítulos en obras colectivas. Entre sus últimos libros destacan *Guernica, una nueva historia: Las claves que nunca se han contado* (Espasa, 2017), *Las conspiraciones del 36: militares y civiles contra el Frente Popular* (Espasa, 2019), *El 23-F y los otros golpes de Estado* (Espasa, 2021) y *Franco, militar. Una biografía breve* (Ediciones 19, 2025). En 2015 obtuvo el IV Premio a Historiadores Noveles JAVIER TUSELL por su artículo «La última trinchera. El poder militar y el problema de la Unión Militar Democrática durante la transición y la consolidación democrática, 1975-1986».

En librerías el miércoles 3 de septiembre. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Una **obra de historia total** que desde la perspectiva militar, pero también política, ofrece una **profunda renovación crítica de las visiones tradicionales** que rompe con los mitos establecidos en torno al desarrollo de la operación, y a su legado.

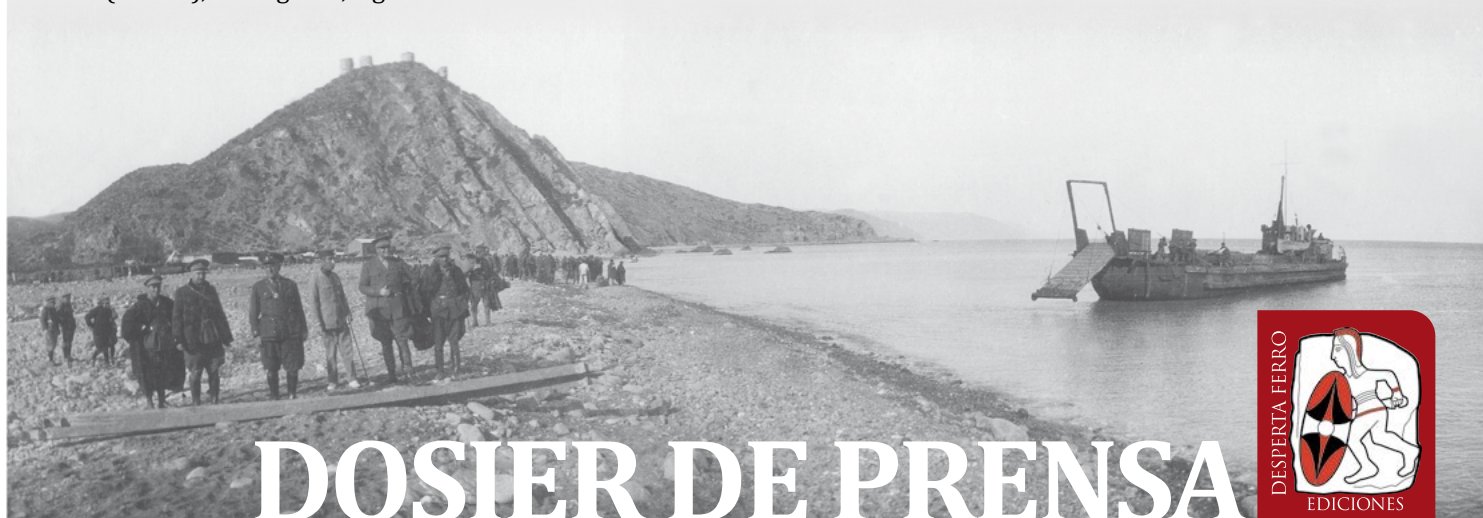
Exhaustivo análisis de las operaciones militares que no solo abarca las diferentes fases del asalto anfibio sobre la bahía de Alhucemas, sino que también nos retrotrae al siglo XIX, cuando surgió la idea de esta operación.

La operación de desembarco estuvo siempre mediatizada por la **inexistencia de una política española coherente en el Protectorado**, que se mantuvo incluso durante el periodo en el que tuvo lugar esta acción y los meses inmediatamente posteriores.

El papel de Francia, y particularmente del mariscal Philippe Pétain, **fue clave** para que el Ejército español terminase desarrollando, en cooperación con las tropas galas, una fase de explotación, cuyo resultado fue la derrota completa del líder rifeño en 1926 y la pacificación completa del Protectorado al año siguiente.

Abd-el-Krim tuvo la posibilidad de salir vencedor de este conflicto, incluso después del desembarco de Alhucemas, ya que se le ofreció la concesión de una autonomía política para el Rif que hubiera convertido el Protectorado español en Marruecos en papel mojado. Su insistencia en la independencia y soberanía total como única opción negociadora, inaceptable para Francia, no dejó otra opción que la guerra como vía para la solución del conflicto, lo que provocó la ruina definitiva del proyecto político del líder rifeño.

Desembarco en Torres de Alcalá. A la derecha, una barcaza K adquirida al Reino Unido está cerrando la compuerta. Al fondo, sobre el montículo, las cuatro torres que dan nombre a la localidad. Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Iconografía, sign. F-05656.



DOSIER DE PRENSA



CINCO COSAS QUE NO SABÍAS DE ALHUCEMAS

No fue la primera operación aeronaval de la historia

El desembarco en esta bahía no fue la primera acción anfibia aeronaval de la historia. Ese mérito corresponde a la Operación Albión desarrollada por los alemanes contra las fuerzas rusas en el Báltico en 1918.

Fue la primera operación anfibia en la que se emplearon carros de combate

El desembarco de Alhucemas fue el primer asalto anfibio en el que se utilizaron estas armas, concretamente once *Renault FT-17*.

El factor suerte

El desembarco de la primera brigada debería haberse realizado en la playa de La Cebadilla, muy fortificada. Sin embargo, el viento empujó a las lanchas a la playa de Ixdain, sin apenas defensas, lo que favoreció el éxito de la operación.

Una operación incompleta

El diseño del asalto anfibio sobre Alhucemas carecía de fase de explotación. Eso explica que tras la conquista de la capital de Abd-el-Krim, Axdir, el 2 de octubre de 1925, se inició una fase de impasse que estuvo a punto de arruinar el éxito logrado en el desembarco.

Una leyenda del Ejército español

El desembarco de Alhucemas es la gran operación militar española del siglo XX. Su leyenda empezó a construirse poco después de que tuviese lugar y se engrandeció cuando se extendió la idea de que había servido de base para el diseño del desembarco de Normandía en 1944.

Campamento de las tropas españolas en Axdir y cañones tomados al enemigo en las últimas operaciones efectuadas en ese sector. *Mundo Gráfico*, 21-10-1925.



DOSIER DE PRENSA





ENTREVISTA AL AUTOR

¿En qué situación política y estratégica se encontraba España en 1925?

En el verano de 1925 la situación política de España era de relativa estabilidad, tras el establecimiento de la dictadura del teniente general Miguel Primo de Rivera dos años antes. Sin embargo, el problema radicaba en que el directorio militar, a semejanza de los gobiernos civiles que le habían precedido, no tenía una idea clara de como poner fin a la guerra de Marruecos, ni siquiera tampoco de que hacer con el Protectorado en dicho territorio. Tanto el dictador como su hombre de confianza en los asuntos de este territorio, el general de brigada Francisco Gómez-Jordana y Souza, apostaban por la vía política para poner fin a este conflicto, incluso cuando se tomó la decisión de realizar un desembarco en la bahía de Alhucemas. La situación estratégica era compleja porque desde el desastre de Annual en 1921, y a pesar de haberse de-

«La situación estratégica era compleja porque desde el desastre de Annual en 1921, y a pesar de haberse desarrollado un conjunto de operaciones de reconquista para recuperar el territorio pedido tras esa catástrofe, la iniciativa correspondía al líder rifeño Abd-el-Krim».

sarrollado un conjunto de operaciones de reconquista para recuperar el territorio pedido tras esa catástrofe, la iniciativa correspondía al líder rifeño Abd-el-Krim, especialmente tras la desastrosa operación de retirada realizada en 1924 en la zona occidental del Protec-

torado y que finalizó en enero de 1925. En esos momentos la situación de España en Marruecos era extremadamente endeble, sino se convirtió en definitivamente irreversible fue porque el líder rifeño cometió el error de atacar la zona francesa del Protectorado.

¿Qué fue el desembarco de Alhucemas?

Esta acción fue una fase dentro de una operación mayor denominada asalto anfibio. A pesar de lo que normalmente se considera, un desembarco por sí mismo no supone el éxito en una campaña anfibia. Un ejército puede tener éxito al tomar tierra en un territorio, asegurar las cabezas de playa, consolidar su posición

en la zona donde se ha desembarcado y sin embargo fracasar porque es incapaz de progresar y alcanzar el objetivo final que no es otro que la derrota completa del enemigo. Galípoli en 1915 es un ejemplo de lo que afirmamos. Por eso, en esta operación, al final los aliados se vieron obligados a reembarcar las tropas porque eran incapaces de avanzar. Esto lleva a defender la siguiente afirmación: el desembarco de Alhucemas, por sí mismo, no supuso la derrota de Abd-el-Krim.

¿Por qué tuvo lugar esta operación?

Tras múltiples planes que habían comenzado a perfilarse a partir de 1911, el desembarco de Alhucemas se realizó a partir del 8 de septiembre de 1925 gracias a dos factores. El primero y fundamental fue el convencimiento del dictador de que su política "abandonista" en Marruecos había fracasado y que era necesario desencadenar una operación que debilitase el núcleo fundamental de la rebelión en el Rif, la cabila de los Beni Urriaguel, a la que pertenecía Abd-el-Krim, y esa no era otra que un desembarco Alhucemas, ya parte de esa bahía pertenecía a esa tribu y en ella se encontraba la capital del líder rifeño, Axdir. El segundo factor fue el apoyo de Francia, especialmente del mariscal Philippe Pétain, un militar convencido de la necesidad de derrotar al líder rifeño por las armas, y que apoyó sin fisura la idea de un asalto anfibio en Alhucemas.

¿Cuándo surgió la idea?

La idea de un desembarco en Alhucemas surgió en la segunda mitad del siglo XIX, coincidiendo con la idea de la idea de desencadenar una política imperialista y expansiva en Marruecos. No obstante, esa idea quedó en una situación de *impasse* tras el desastre de 1898. Posteriormente, tras el inicio de la contienda en Marruecos en 1909, y sobre todo como consecuencia de la imposibilidad de poner fin a esta contienda, la idea se recuperó en 1911. A partir de esa fecha se desarrollaron diferentes planes, que nunca se pusieron en marcha como consecuencia de la situación de desorientación existente en España en relación con Marruecos, hasta que en 1925 se elaboró de forma definitiva un diseño que se puso en marcha en septiembre de ese año.

«A ninguna potencia colonial podía interesarle el triunfo del líder rifeño, ya que podía servir de espejo para otros territorios».

«Fue novedosa porque por primera vez se emplearon carros de combate y la aviación utilizó gases tóxicos contra los rifeños, jugando un papel clave para el éxito del desembarco. Sin embargo, no fue la primera operación aeronaval de la historia».

¿Qué representaba la revuelta de Abd-el-Krim?

A pesar de que normalmente se establece una línea sin solución de continuidad entre las diferentes revueltas y líderes marroquíes a los que tuvo que enfrentarse España desde 1909, la rebelión encabezada

por el caid de los Beni Urriaguel fue diferente a estas por dos razones. La primera, porque formó parte de un ciclo de movimientos anticoloniales que se pusieron en marcha en diferentes imperios coloniales a partir de 1919 como consecuencia del llamado "momento comunista", como consecuencia del impacto que supusieron la Revolución bolchevique de 1917, uno de cuyos vectores era la liberación de los pueblos oprimidos por las potencias capitalistas, y el llamado "momento wilsoniano", vinculado con el fin de la Primera Guerra Mundial y la defensa del derecho de autodeterminación por el presidente de los Estados Unidos Thomas Woodrow Wilson, a pesar de todas sus limitaciones. La segunda, los apoyos internacionales de los que gozó Abd-el-Krim, no solo en el mundo árabe-musulmán, sino también en Iberoamérica o Estados Unidos, donde se presentó como un líder emancipador a semejanza de lo que habían sido Simón Bolívar o George Washington. Por el contrario, el apoyo que gozó en Reino Unido era por motivos económicos, ya que determinados empresarios y

aventureros soñaban con explotar la supuesta riqueza minera del Rif. En todo caso, y dada la situación reinante en el plano internacional, a ninguna potencia colonial podía interesarle el

triunfo del líder rifeño, ya que podía servir de espejo para otros territorios.

¿Quiénes fueron los protagonistas?

A la hora de establecer los protagonistas del desembarco de Alhucemas hay que distinguir los individuales de los colectivos. Dentro de los primeros, los más destacados fueron Primo de Rivera, ya que fue su decisión la que hizo posible que se pusiera en marcha la operación, y Pétain, pues el mariscal francés tuvo un papel clave para que Francia la apoyase y sobre todo fue el responsable de convertir un asalto anfibio limitado en una operación completa que terminó con

la derrota de Abd-el-Krim, al dotarla con su insistencia de una fase de explotación. Otros protagonistas individuales fueron los generales Gómez-Jordana, y Leopoldo Saro Marín y Manuel Fernández Pérez jefes de las brigadas que desembarcaron en la bahía, o los coroneles Francisco Franco Bahamonde y Manuel Goded Llopis, jefes de las columnas más importantes de cada una de esas brigadas. Como protagonistas colectivos, sin duda, los regulares, legionarios, harkeños y guerreros de las mehal-las que no solo fueron claves en el éxito del desembarco y en la estabilización de las cabezas de playa, sino en las operaciones posteriores que englobaron las fases de consolidación y estabilización, y que hicieron posible la derrota de Abd-el-Krim. Igualmente, los almirantes, jefes, oficiales y marineros de los buques de la Armada y a los generales, jefes y oficiales de la Aeronáutica Militar y Naval, cuya actuación fue decisiva para que el desembarco de Alhucemas y las acciones posteriores culminasen en una victoria rotunda. Finalmente, las fuerzas de la Marina de Guerra, la Aeronáutica Militar, la Aeronáutica Marítima y las unidades terrestres francesas, que colaboraron con las fuerzas españolas desde el desembarco de Alhucemas hasta el final del conflicto en Marruecos en 1927.

¿Fue una operación novedosa?

Sí y no. Fue novedosa porque por primera vez se emplearon carros de combate y la aviación utilizó gases tóxicos contra los rifeños, jugando un papel clave para el éxito del desembarco. Sin embargo, no fue la primera operación aeronaval de la historia. Esa primacía corresponde a la Operación Albión, realizada por los alemanes en el Báltico en 1918. Tampoco fue una operación completa porque no incluía fase de explotación. No obstante, la verdadera importancia de Alhucemas es que, de alguna manera, recuperó la fe en la guerra anfibia tras el desastre de Galípoli en 1915.

¿Fue la causa del fin de la guerra de Marruecos?

No, porque el desembarco por si mismo no derrotó de forma definitiva a Abd-el-Krim, al que incluso se

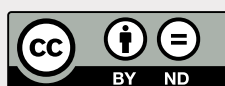
le ofreció una salida airosa del conflicto mediante la concesión de una autonomía para la región del Rif, que rechazó. Sin embargo, si tuvo un papel fundamental en el fin de la rebelión rifeña porque permitió a las fuerzas españolas y francesas recuperar la iniciativa estratégica. Esta posición de ventaja sería clave para que una vez que fracasó la vía negociadora, se abriese un triunfal ciclo de operaciones que provocó la rápida derrota del líder rifeño. Parafraseando a Winston Churchill en relación con la segunda batalla de El Alamein, librada también

en el norte de África entre el 23 de octubre y 3 de noviembre de 1942: No fue el final, ni siquiera fue el principio del final. Pero, posiblemente, si fue el fin del principio. A partir de Alhucemas, España y Francia tuvieron la iniciativa estratégica y si sus fuerzas militares

no derrotaron antes a los rifeños fue porque se dio una última oportunidad a la vía negociadora.

¿Cuál fue el legado del desembarco de Alhucemas?

Uno de los aspectos que han contribuido a construir la leyenda de Alhucemas ha sido su supuesta influencia en otras operaciones anfibias, especialmente Normandía en 1944. Sin embargo, la realidad es bastante más modesta. José Miguel Quesada demostró que, junto a Albión, fue estudiada por el U.S. Marine Corps y se tuvo en cuenta a la hora de elaborar el manual de 1934 donde definieron su doctrina anfibia. En Francia, protagonista junto a España de las operaciones que pusieron fin a la rebelión de Abd-el-Krim, se estudió desde un punto de vista teórico, junto a otras operaciones, aunque no tuvo una influencia en la conformación de una doctrina anfibia gala, ya que la prioridad de París era la guerra terrestre. Finalmente, fue conocida por los militares británicos, pero no le dieron ninguna importancia porque la consideraron como una operación primitiva, especialmente en la organización de las unidades (columnas) que participaron en el desembarco.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

SUMARIO

Alhucemas 1925 explicado por Roberto Muñoz Bolaños



EL SIGNIFICADO DE ALHUCEMAS: LOS AFRICANISTAS

En 1955 el historiador británico Sydney Coles escribió que el desembarco en la bahía de Alhucemas “probablemente fue estudiado detenidamente por el General Eisenhower y sus expertos en invasiones estadounidenses y británicos antes del desembarco de Normandía en la Segunda Guerra Mundial”. Esta cita ha contribuido a gestar la leyenda sobre este asalto anfibio, considerado el comienzo del fin de la rebelión rifeña y de la guerra de Marruecos, aunque los textos con los que se ha iniciado esta obra muestran que la sucesión de acontecimientos y la relación entre ambos hechos –desembarco y final del conflicto– no fue tan lineal como algunos autores la presentan.

El relato de Alhucemas comenzó a construirse muy poco después de que tuviese lugar, gracias a la obra de tres militares que participaron en la operación como integrantes del Estado Mayor de la brigada a las órdenes del general Leopoldo Saro Marín: el comandante Mariano Santiago Guerrero y los capitanes José María Troncoso y Bruno Quintana Caicedo. Pocos años después, el ya general Manuel Goded Llopis, uno de los grandes protagonistas del desembarco y de las operaciones finales que culminaron en la ocupación y pacificación del Protectorado escribió un estupendo libro explicando las campañas militares de Marruecos, donde concedía un protagonis-

mo principal al citado de desembarco. La senda marcada por estas dos obras fue continuada por otros autores entre los que destacaron Amador García Argüelles, Francisco Font Betanzos, Antonio Carrasco, José Luis de Mesa y Santiago Luis Domínguez Llosa, y sobre todo Ramón Díez Rioja, autor del libro más completo y documentado sobre los planes que se elaboraron para realizar un desembarco en la célebre bahía desde 1911.

Paralelamente, también se fue desarrollando una notable historiografía sobre las campañas militares de Marruecos. Está dinámica tuvo su origen en un conjunto de obras contemporáneas a los hechos que comenzaron a escribirse a partir de 1909, destacando sobre todas ellas la de Carlos Hernández de Herrera y Tomás García Figueras. Tras el final de la Guerra Civil empezó a publicarse la magnífica serie de volúmenes elaborados por los historiadores del Servicio Histórico Militar, caracterizados por su extraordinario detallismo en la explicación de las operaciones bélicas y por haber sido los primeros en abordar los diferentes planes para un desembarco en Alhucemas. Posteriormente, se han publicado numerosas investigaciones sobre el tema entre las que destacamos las de Víctor Morales Lezcano, Susana Sueiro Seoane, Pablo La Porte, Sebastian Balfour, José Luis de Mesa, Carlos Lázaro, Roberto Muñoz y Jesús Núñez, María Rosa de Madariaga, María Gajate Bajo, Salvador Fontela Ballesta

Alfonso Iglesias Amorín, Rocío Velasco de Castro, Daniel Macías Fernández y la muy reciente síntesis de Javier García de Gabiola, que han permitido conocer aspectos inéditos sobre este periodo de nuestra historia.

Sin embargo, a pesar de estas grandes aportaciones, el estudio del desembarco de Alhucemas sigue presentando tres lagunas. La primera, nunca se ha estudiado esta operación como lo que realmente fue: un asalto anfibio donde el desembarco era una de sus fases. Por el contrario, se ha considerado como una acción en sí misma, estableciéndose una relación directa entre su éxito y el final de las campañas marroquíes, base sobre la que se ha construido su imagen legendaria. Sin embargo, ninguna de las dos ideas es correcta, ya que el final del conflicto en el país norteafricano fue consecuencia de un complejo proceso poliédrico en el que la operación sobre Alhucemas fue una de las causas que lo hicieron posible, pero no la única. La segunda que, con la excepción de Rosa María de Madariaga y Susana Sueiro Seoane, no se ha explicado el contexto internacional en el que se originó la rebelión de Abd-el-Krim y el surgimiento de la República del Rif, definido por una doble dinámica. Por un lado, el “momento comunista” o “primera crisis general del capitalismo”, que se extiende desde 1917 hasta 1939, y cuyo origen se sitúa en la Revolución rusa de octubre de 1917, y, por otro, el “momento wilsoniano”, lo que abrió una ventana de oportunidad para el auge de los movimientos anticoloniales, entre los que se sitúa el rifeño entre otros. Y la tercera, consecuencia de la anterior, que los aspectos militares de las campañas de Marruecos se han estudiado como un asunto excepcional en el panorama bélico internacional, cuya manifestación más acusada lo constituyeron los llamados “africanistas”, un grupo de militares con unas características particulares que los hicieron diferentes de los oficiales del resto de los Ejércitos occidentales. Las dos primeras lagunas se abordan a lo largo de esta obra, mientras que la tercera, vinculada con el concepto “africanista” vamos a desarrollarla a continuación, con el objetivo de que el lector conozca el significado que se atribuye a este término cuando se emplea en las páginas que siguen a continuación.

Existe un consenso casi universal en la historiografía española y también entre los hispanistas –especialmente el británico Balfour– por el que se relaciona el calificativo “africanista” con un tipo de militar brutal en sus métodos de guerra –aprendidos en Marruecos y posteriormente aplicados en España durante la Guerra Civil– e ideológicamente vinculado, en la mayoría de los casos, con el fascismo, la derecha monárquica o el republicanismo autoritario. Los oficiales con estas características, exclusivos de España y que dominaron el Ejército durante más de 60 años, se dividieron en dos grupos: los “africanistas” militaristas, partidarios de

acabar con la rebelión en Marruecos por la fuerza de las armas, y los “africanistas” progresistas, defensores de la penetración pacífica y la negociación con los indígenas. Sin embargo, y más allá de esta división, muy artificial a veces, ambas tácticas, como veremos, no solo tuvieron su origen en el siglo XIX y debían utilizarse de forma simultánea, sino que en muchas ocasiones la elección de una u otra vino determinado por las circunstancias y el potencial militar disponible. No obstante, el aspecto más curioso de este planteamiento fue que los integrantes de ambos grupos eran partidarios del empleo de gases venenosos para poner fin a la rebelión rifeña. El entusiasmo de todos los “africanistas” por este tipo de armas los llevó a identificarse con el Ejército alemán, según Balfour:

La atractiva idea de un ataque breve y devastador con sustancias químicas, similar al llevado a cabo por las potencias centrales durante la Primera Guerra Mundial, acabó siendo solo un espejismo. Así, los oficiales se vieron involucrados en una guerra química muy larga que erosionó profundamente lo que quedaba de los códigos de conducta militar hacia el enemigo.

Además, la íntima cooperación entre los Ejércitos alemán y español en relación con la ofensiva química no pudo por menos que fortalecer los vínculos que los unían.

Dejando aparte el detalle de que los gases fueron utilizados por primera vez por los franceses en 1914, aunque luego les siguieron el resto de los contendientes en la Gran Guerra, especialmente los compatriotas de Balfour, los supuestos elementos que definieron a estos oficiales no fueron exclusivos de España. Por el contrario, se vincularon con dos dinámicas que afectaron a todas las fuerzas armadas de Europa y también a las de Estados Unidos.

La primera, la denominada cultura militar occidental vinculada con el surgimiento de las instituciones castrenses modernas en el periodo de las Revoluciones Liberales (1789-1848) y más particularmente entre 1815 y 1848. Con este término nos referimos a una forma de pensamiento surgida en este ámbito geográfico a mediados del siglo XIX y definida por su carácter ideológico conservador, incluso reaccionario. Se articuló en torno a un conjunto de valores muy precisos: nativismo, ultranacionalismo primario –apoyado en una mística y en una conceptos claves como el amor a la patria, o el deber de defenderla frente a cualquier enemigo, lo que llevó a los militares a considerar que no debían lealtad al gobierno de turno, sino al concepto más abstracto de Nación–, rígida disciplina, jerarquía, obediencia ciega,



Acción demostrativa de desembarco en la cala del Quemado. Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Iconografía, sign. F-13305.

virilidad, cohesión interna, lealtad a la corona –países europeos– y autonomía frente a los políticos civiles. Valores cada vez más opuestos a la cultura política que se desarrolló en Europa durante el siglo XIX y que culminaría con la aparición de los regímenes democráticos en la centuria siguiente.

Las instituciones militares articuladas en torno a esa cultura no sólo defendieron su parcela de poder con el argumento del “profesionalismo”, impidiendo así la intervención de los civiles en los asuntos que consideraban dentro de su esfera exclusiva de decisión; sino que al considerar su lealtad a la nación por encima de la obediencia al gobierno de turno, se sintieron legitimadas para intervenir en el proceso de toma de decisiones políticas cuando sus valores e intereses –que eran para ellos los de la Nación– estaban en peligro. No obstante, la característica más acusada de esta cultura, con una notable influencia en el siglo XX, fue el empleo de la violencia extrema como mejor instrumento para hacer frente a los problemas político-militares. Es decir, la búsqueda de una “solución final”, que proporcionase “resultados permanentes”. “Este tipo de pensamiento conducía al deseo de exterminar” al enemigo, sin que se abriera ninguna ventana de oportunidad para la negociación. La idea de que era legítimo emplear una violencia sin límite se radicalizó aún más si cabe como consecuencia de la extensión del racismo. Se trataba de una creencia común entre la población blanca, que tomó forma “científica” a partir de la relectura del socialdarwinismo por el zoólogo alemán Ernst Haeckel. Según el padre de la ecología existían razas “primitivas” que estaban en su infancia y precisaban la supervisión y protección de sociedades más maduras, de lo que extrapoló una nueva filosofía, que denominó “monismo”. Sus obras sirvieron de referente y justificación científica para el racismo y del imperialismo, y estuvieron en la base de las teorías en este campo del nazismo.

La relación entre racismo, imperialismo y violencia extrema tuvo su primera manifestación en Argelia a partir de 1840 cuando el antiguo mariscal de Napoleón Bonaparte Thomas-Robert Bugeaud fue nombrado gobernador general y comandante en jefe del Ejército, con la orden de poner fin a la rebelión liderada por Abd-el-

Kader. Para lograrlo, utilizó una forma de guerra donde no dudó en arrasar cosechas, sacrificar ganado, destruir pueblos y actuar brutalmente contra la población civil. La estrategia de Bugeaud tuvo éxito porque consiguió el objetivo político perseguido: Argelia fue finalmente pacificada. Sin embargo, ocasionó dos consecuencias negativas para Francia. La primera, la hostilidad de la población local hacia los colonizadores, que nunca se superó. La segunda, la división del Ejército francés entre los militares “africanos” y los “metropolitanos”, ya que los primeros se consideraban incomprendidos y despreciados por sus métodos. Este sentimiento aumentó su corporativismo y les hizo identificarse más con Argelia, un territorio militarizado, que con la propia Francia. La forma de guerrear de los franceses en Argelia y las consecuencias que se derivaron de la misma fueron un antecedente de lo que ocurriría en España en el primer cuarto del siglo XX como consecuencia de la actuación del Ejército en Marruecos.

La segunda dinámica, paralela a la anterior, y que tuvo su primera manifestación en Argelia precisamente, fue la aparición de una nueva forma de conflicto bélico: la guerra total. Este tipo de contienda se originó como consecuencia de la suma de elementos gestados en las tres grandes revoluciones que definieron la Primera Modernidad (1789-1870): liberal, nacional y sobre todo industrial. La aparición de nuevos medios de transporte y formas de producción no sólo ocasionó una transformación total en el armamento, sino también en los sistemas de abastecimiento de los ejércitos y en el papel de la población no combatiente en los conflictos bélicos. A partir de ese momento, los campesinos que proporcionaban la alimentación a las tropas, los empleados de los ferrocarriles que las transportaban o los operarios de las fábricas que las abastecían, pasaron a tener un papel tan importante en los conflictos bélicos como el soldado de primera línea; convirtiéndose por tanto en objetivos de los ejércitos enemigos. Esta situación también se trasladaría al ámbito colonial donde se emplearían tácticas como la destrucción de cosechas, el ataque a los civiles o el bloqueo, incluido el de los alimentos, para someter a las poblaciones rebeldes. Un militar español, el co-

mandante de Artillería Hermenegildo Tomé Cabrero, explicaría la efectividad de esta forma de guerra:

Ahora bien, todos sabemos que en las guerras modernas se precisan dos ejércitos de capital importancia; uno, combatiente, en el campo de batalla; otro, no combatiente, encargado de suministrar las primero todos los elementos que necesita para la lucha. Ambos son imprescindibles, pues si falta el primero, la Patria caería en poder del enemigo; y destruido el segundo, el ejército combatiente no podría realizar su misión.

La suma de ambas dinámicas radicalizadas comenzó a manifestarse en los conflictos que tuvieron lugar a partir de la segunda mitad del siglo XIX. La guerra de Secesión de los Estados Unidos (1861-1865) fue, en este sentido, la primera guerra industrial de la Historia, pues conllevó una movilización total de la población para abastecer a las fuerzas combatientes. Pero, también transformó en objetivos militares a los hombres no encuadrados en unidades combatiente, que en numerosas ocasiones actuaron como guerrilleros, y a los recursos del enemigo. Así quedó patente en las masacres de civiles acusados de franco tiradores, destacando en este sentido la que tuvo lugar en el Estado de Missouri, donde 10 000 individuos fueron asesinados por las tropas federales y en las célebres campañas de destrucción realizadas por las tropas federales a las órdenes de los generales de división William Sherman y Philip Sheridan. Estas acciones –realizadas por militares que pertenecían a una nación democrática–, especialmente las de “tierra quemada” desencadenadas por Sheridan en el valle de Shenandoah, pueden considerarse un antecedente de los bombardeos aéreos del siglo XX, pues su objetivo era destruir los recursos materiales del enemigo y desmoralizarlo, para acabar así con toda posibilidad de resistencia; con el añadido de que fueron realizadas contra la población de su propio país. En la Guerra Civil española, ningún general “africanista” actuó con una brutalidad semejante a la de sus conmlitones del Ejército federal.

El conflicto franco-prusiano (1870-1871) fue otro ejemplo de esta nueva forma de combate, ya que buena parte de la población francesa participó en el conflicto, especialmente tras la proclamación de la *guerre à outrance* (guerra a ultranza) realizada por Léon Gambetta, contra los ejércitos invasores. Los prusianos respondieron con el aniquilamiento de los francotiradores y sobre todo con el bombardeo de París, que provocó una auténtica conmoción en los medios diplomáticos y la opinión pública europea. Por el

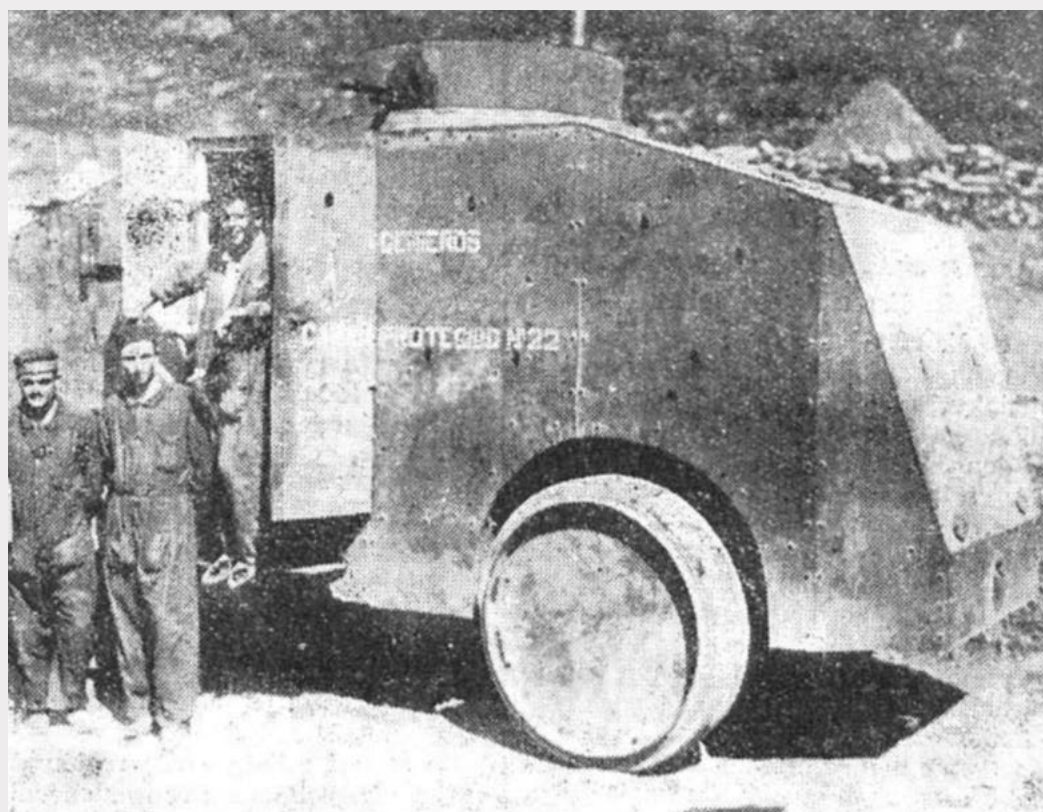
contrario, el ya teniente general Sheridan, destinado como observador en el cuartel general prusiano, consideró que el tratamiento que se estaba dando a los franceses era demasiado “humanitario”; llegando a afirmar ante sus atónitos interlocutores: “¡Los único que se debe dejar a la gente son sus ojos, para que lloren por la guerra!”.

Paralelamente al comienzo de las guerras de unificación alemanas, el Imperio ruso puso en marcha el exterminio de los circasianos, un pueblo musulmán que habitaba en el Cáucaso y con el que los soldados del zar habían sostenido un conflicto desde el siglo XVIII. En 1857 el conde Dimitry Milyutin, futuro ministro de la Guerra, escribió: “eliminar a los circasianos sería un fin en sí mismo: limpiar la tierra de elementos hostiles”. El resultado fue que entre 1864 y 1867, 400 000 circasianos fueron asesinados y 490 000 expulsados de sus tierras. Solo 80 000 miembros de ese pueblo siguieron viviendo en su región de origen. Es más. Durante la Guerra ruso-otomana de 1877, los soldados del zar no dudaron en violar a las niñas circasianas refugiadas en el territorio balcánico bajo control turco para continuar el genocidio de este pueblo.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, tuvieron lugar otros tres conflictos coloniales, protagonizados por las tres grandes potencias del momento, donde se volvió a manifestar esta forma de combate. El primero fue la Segunda Guerra de los Bóers (1899-1902), donde el Ejército británico a las órdenes de dos héroes del Imperio, el mariscal de campo Frederick Roberts de Kandahar y su jefe de Estado Mayor teniente general Herbert Horatio Kitchener, combatieron a un pueblo blanco y para derrotarlo no dudaron en articular un sistema de campos de concentración, provocando la muerte de 27 927 mujeres y niños bóers y de 14 155 africanos negros por el hambre, las enfermedades y los malos tratos. Este conflicto, como el de Secesión, demostró que los principios que informaban la guerra Total no entendían de razas. El segundo, la ocupación de Filipinas por los Estados Unidos entre 1899 y 1902, donde los generales norteamericanos ordenaron la destrucción de pueblos enteros, el asesinato de su población, incluyendo mujeres y niños, y el bloqueo de alimentos, con un saldo final de entre 200 000 y 1 000 000 indígenas muertos, la mayoría de ellos de enfermedades ocasionadas por el conflicto. En tercer lugar, la rebelión de los pueblos Herero y Namaqua contra la dominación alemana en Namibia (1904-1907), que el general de división Lothar von Trotha combatió con una política de aniquilación total, causando la muerte de 65 000 hereros y 10 000 manaquas.

Esta inclinación de los ejércitos por la violencia extrema, fruto de la nueva cultura militar y del desarrollo

de la guerra Total, alcanzaría su máxima expresión en el primer conflicto mundial: una contienda de blancos contra blancos. Tras el final de esta guerra, esta actitud se extendería a amplias capas de la sociedad, siendo la causa del proceso de “brutalización” de la vida política que caracterizó el periodo de Entreguerras. Esta dinámica adquirió carta de naturaleza académica con la publicación de la obra de George L. Mosse, *Soldados caídos*, en 1990. Sin embargo, no era una idea original del historiador germano-norteamericano, sino que ya había sido desarrollada por el teórico marxista alemán Karl Kautsky en 1920, vinculándolo –entre otras cau-



Camión blindado para el servicio de protección en las descubiertas y retiradas en la carretera de Ben Karrich. *La Correspondencia Militar*, 22-9-1925.

sas– con la extensión del servicio militar universal que “cultiva la afición a la lucha sangrienta”, y la Primera Guerra Mundial que “brutalizó a casi todas las capas de la población” y “fomentó la aparición de concepciones primitivas porque desarrolló intensamente las ideas militaristas”. Es decir, el pensador germano fue capaz de establecer la relación entre los excesos que caracterizaron la vida política a partir de 1919 y los cambios operados en el ámbito castrense, incluyendo la aparición de esa cultura militar extraordinariamente violenta.

La guerra Total no desapareció en 1918 con el final de la contienda mundial, sino que se siguió desarrollando en el periodo de entreguerras, como quedó patente en la política francesa contra los insurgentes sirios desarrollada por el general de división Maurice Sarrail entre 1924 y 1925, responsable de la muerte de 10 000 drusos y del bombardeo de Damasco el 30 de octubre de 1925. Precisamente la capacidad de atacar ciudades desde el aire se convirtió en otra manifestación de la guerra Total, especialmente como consecuencia de la aparición de un nuevo concepto: el poder aéreo, definido por los líderes de la Royal Air Force (RAF, Fuerza Aérea Real), especialmente

por su fundador el 1 de abril de 1918, el mariscal Hugh Boom Trenchard. Esta idea se concretó inicialmente en los British “Humane Bombing”, que tuvieron por centro las colonias del Reino Unido. El primer ataque de este tipo tuvo lugar en mayo de 1919, cuando siendo Trenchard, como jefe del Estado Mayor de la RAF, ordenó los bombardeos de Jalalabad y Kabul (Afganistán) en el marco de la Tercera Guerra Anglo-afgana (1919). Esta campaña fue el primer éxito en la historia del poder aéreo porque demostró que el ataque a los núcleos habitados desmoralizaba al enemigo y acababa con su resistencia. Por esta razón,

se volvería a repetir la misma táctica en Irak entre 1921 y 1923. Estas acciones realizadas en las colonias británicas tuvieron un fuerte componente racista, vinculado con el carácter “nativista” que informaba a la cultura militar occidental. Los pilotos españoles utilizarían las mismas tácticas que los británicos en Marruecos, aunque incluyendo el uso de bombas de gas venenoso.

La teoría del poder aéreo no se iba a utilizar exclusivamente en los conflictos exteriores, sino también para resolver problemas internos. Así, en Estados Unidos, el máximo exponente de esta forma de guerra, el general William Billy Mitchell, padre de la United States Air Force (USAF), era en 1921 jefe de la Brigada Aérea 1ª provisional cuando se produjo la gran huelga

minera en el condado de Logan (Virginia Occidental), que pronto devino en una auténtica insurrección armada que culminó en la célebre batalla de Blair Mountain (25 de agosto-1 de septiembre). Para hacer frente a este conflicto, envió 14 aviones De Havilland DH-4 y Martin NBS-1. Esta decisión fue aprobada por el presidente de los EE.UU. Warren G. Harding (1921-1923), que también había autorizado el uso de tropas federales contra los mineros; pero, los medios que el general proporcionó iban más allá de los necesarios para enfrentarse a civiles armados. Pues, si bien los DH-4 podían emplearse como aviones de observación, aunque fuesen bombarderos ligeros; los NBS-1 eran bombarderos pesados, diseñados para la guerra convencional y completamente inútiles en labores de reconocimiento. Es más, Mitchell ordenó que las tripulaciones enviadas fueran las mismas que habían participado en los ensayos de julio de ese mismo año donde habían hundido al antiguo acorazado alemán Ostfriesland (22 808 tn), y que los aparatos estuvieran completamente armados para acabar con los mineros con sus bombas y ametralladoras. Sin embargo, nunca actuarían contra los mineros –contraviniendo los deseos de Mitchell– porque el general de división Harry Hill Bandholtz, que estaba al frente de las tropas federales desplegadas en la zona, dio la siguiente orden al comandante Davenport Johnson, al mando del escuadrón aéreo: “Vd., bajo ninguna circunstancia, lanzará una bomba ni disparará sus ametralladoras”. La decisión de Bandholtz evitó que los EE.UU. fueran el primer país que utilizara el bombardeo aéreo contra su propia población.

Por tanto, de los ejemplos anteriores se deduce que el empleo de una violencia extrema en los conflictos coloniales y civiles no fue una característica exclusiva de los “africanistas” españoles, sino que también se manifestó en los ejércitos occidentales, aunque, en la mayoría de los casos, a unos niveles muy superiores a los que alcanzaron en Marruecos. Tampoco la supuesta adscripción ideológica conservadora puede ser considerado otro rasgo distintivo de los militares españoles que combatieron en el país norteafricano, ya que la cultura militar occidental era netamente de-rechista. Esta adscripción se manifestó por ejemplo en la Guerra Civil española. De los 12 610 generales, jefes y oficiales en activo el 17 de julio de 1936, 5923 combatieron en el bando rebelde y otros 3000, que quedaron en la zona controlada por el Gobierno, fueron considerados “desafectos”. De este último grupo, unos 2500 fueron enviados a prisión, siendo asesinados alrededor de 1500. El resto, aproximadamente 500, logró ocultarse o refugiarse en alguna sede diplomática en espera de pasarse al otro bando. Por el contrario, 2980 sirvieron en el Ejército Popular, y otros 650, que

quedaron en el territorio controlado por los sublevados, perdieron sus carreras o fueron ejecutados por negarse a unirse a la rebelión o por ser considerados republicanos. Estos datos reflejan que más del 70% de los militares españoles –“africanistas” o peninsulares– en activo en julio de 1936, estaban a favor de la operación golpista contra el Gobierno del Frente Popular.

¿En este porcentaje se incluían todos los generales, jefes y oficiales que habían combatido en Marruecos? La respuesta es no. En Madrid, la sublevación de los “africanistas” Joaquín Fanjul Goñi y Rafael Villegas Montesinos fue derrotada por el también “africanista” José Miaja Menant. En Granada, se enfrentaron dos de los “africanistas” más destacados: los generales Gonzalo Queipo de Llano y Sierra y Miguel Campins y Aura, lo que provocó el fusilamiento del segundo. En Valencia, la rebelión dirigida por el “africanista” Manuel González Carrasco fue aplastada por su colega también “africanista” Fernando Martínez-Monge Restoy. En Barcelona ocurrió exactamente igual entre el sublevado Manuel Goded Llopis y el leal Francisco Llano de la Encomienda, siendo el primero también ejecutado. En Zaragoza, dos generales “africanistas”, masones y amigos –Miguel Cabanellas Ferrer y Miguel Núñez del Prado– se enfrentaron, lo que ocasionó la muerte del segundo. En La Coruña, el coronel “africanista” Pablo Martín Alonso destituyó al general “africanista” e íntimo amigo del líder de la sublevación José Sanjurjo Sacanell, Enrique Salcedo Molinuovo, posteriormente fusilado. Finalmente, en las islas Canarias las tensiones entre los “africanistas” Francisco Franco Bahamonde y Amado Balmes Alonso terminaron con la muerte “accidental” del segundo el 16 de julio de 1936.

La conclusión que se extrae de este conjunto de hechos históricos es que los “africanistas” españoles fueron un grupo de generales, jefes y oficiales cuya carrera militar se desarrolló fundamentalmente en Marruecos. Presentaron algunos rasgos particulares especialmente en el aspecto cultural, fruto del contacto con las sociedades indígenas del norte de Marruecos, y también táctico, plasmado en la defensa de la columna –agrupación de unidades carentes de relación orgánica– como gran unidad interarmas. Sin embargo, en relación con la violencia extrema que emplearon y su adscripción ideológica mayoritariamente conservadora, fueron perfectamente homologables con los militares europeos y norteamericanos que participaron en los conflictos que se desarrollaron a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Sobre la base del párrafo anterior debe entenderse el calificativo “africanista” que empleamos en esta obra.

En relación con la articulación de esta obra, la hemos desarrollado a partir de trece tesis que engloban

también las dinámicas propias de las campañas de Marruecos:

1. Los asaltos anfibios constan de seis fases: planificación y preparación, acciones previas, desplazamiento al objetivo, desembarco, consolidación y explotación. Por tanto, la cuarta –desembarco– no es una operación en sí misma y, por tanto, su éxito no garantiza el del asalto anfibio. Para que una acción de estas características termine en victoria es necesario culminar la última fase –explotación– donde se definen y alcanzan los objetivos finales de la operación.
2. El interés de España en Marruecos no se vinculó con el “desastre del 98”, sino que empezó a manifestarse en la segunda mitad del siglo XIX como consecuencia del inicio de la expansión imperial occidental y el deseo de los militares de “fortalecer” el espíritu nacional de los españoles a través de una guerra de conquista.
3. La idea de realizar un desembarco en Alhucemas surgió en este momento y no a partir de 1909. Su progenitor fue el futuro general de división Francisco Martín Arrué, plasmándola en dos artículos publicados en 1890.
4. El fracaso militar de España en Marruecos en las sucesivas campañas que se iniciaron a partir de 1909 y que culminaron con el desastre de Annual en 1921 fue consecuencia del estado lastimoso del Ejército y de las tácticas erróneas utilizadas, consecuencia de no haber estudiado las campañas del mariscal Bugeaud en Argelia.
5. Para poner fin a esta situación de impasse y derrota, se resucitó la idea de realizar un desembarco en la bahía de Alhucemas, considerada el corazón de la rebelión, por ser el hogar de la cabila más importante, los Beni Urriaguel, a la que pertenecía Muhammad Abd-el-Krim al Jatabi y su familia. Sin embargo, los planes que se elaboraron hasta 1923 jamás se pusieron en marcha por la desorientación que invadía la política española en relación con Marruecos y por el temor a las posibles bajas, ya que la guerra era extremadamente impopular en la metrópoli desde que comenzó en 1909.
6. A partir de 1921 se produjeron dos dinámicas de extraordinaria importancia en la zona española del Protectorado. La primera, que nuestro país tuvo que enfrentarse a la rebelión de una organización política protonacional, la República del Rif, dirigida por Abd-el-Krim, dotada con el embrión de un ejército convencional y que gozaba de importantes simpatías internacionales. La segunda, la transformación progresiva de las fuerzas militares españolas en Marruecos en una organización profesional, eficaz y que comenzó a emplear la guerra Total para derrotar a los rifeños.
7. El desembarco de Alhucemas fue consecuencia del fracaso de la política “abandonista” del teniente general Miguel Primo de Rivera, dictador desde 1923, y del temor a las consecuencias internacionales que podían derivarse de la salida española de Marruecos.
8. La ponencia para desarrollar esta operación fue encargado al general de brigada Francisco Gómez-Jordana y Souza, autor de un diseño no solo incompleto, porque no incluía fase de explotación, sino poco original y subsidiario de la acción política, que este militar consideraba la mejor opción para alcanzar la paz en Marruecos. El desembarco de Alcázar Seguer, realizado el 30 de marzo de 1925, sirvió como ensayo para esta operación mayor.
9. El plan final, elaborado por un grupo de oficiales de Estado Mayor, se caracterizaba también por su carácter incompleto, ya que seguía careciendo de fase de explotación, y porque la fase de operaciones previas fue muy poco exitosa. No obstante, contaba con una enorme ventaja: la cooperación del Ejército francés tras el ataque de Abd-el-Krim a la zona gala de Marruecos y del deseo de París de frenar el “momento wilsoniano” en las colonias del norte del África y el Próximo Oriente.
10. El desembarco iniciado el 8 de septiembre fue un éxito, a pesar de las dificultades que tuvieron lugar en la fase de desplazamiento y de la resistencia rifeña. En esta dinámica jugó un papel fundamental el azar en forma de viento y el magnífico entrenamiento de la brigada Saro.
11. La fase de consolidación terminó con una rápida victoria española, aunque a costa de numerosas bajas, lo que permitió el control de la bahía.
12. La inexistencia de fase de explotación, unido a la desorientación que existía en Madrid y París en relación con Marruecos, abrió una ventana de oportunidad para el triunfo de Abd-el-Krim por la vía de la negociación. Si esta opción no tuvo éxito fue por la negativa del líder rifeño a aceptar una autonomía que

no incluyese la independencia y la soberanía completa del Rif –incluyendo el control de los recursos mineros de la región –, y por la insistencia del mariscal Philippe Pétain de buscar la derrota de Abd-el-Krim por la vía de las armas, ya que solo así sería posible la pacificación definitiva de Marruecos.

13. El desembarco de Alhucemas fue conocido y estudiado en Estados Unidos, Francia y Reino Unido, aunque las enseñanzas que se extrajeron fueron muy diferentes en los tres países. En el primero, tuvo alguna influencia en la elaboración de la doctrina anfibia que se plasmó en el manual de 1934 del Cuerpo de Marines. En el segundo, se estudió desde el punto de vista académico-militar, pero sin extraer enseñanzas, ya que la guerra anfibia no era una prioridad para las fuerzas armadas francesas. En el tercero, se consideró una operación de diseño “primitivo” de la que poco se podía aprender.

UN ANÁLISIS MÁS DETALLADO

Para desarrollar esta hipótesis, hemos estructurado nuestra obra en nueve capítulos.

En el primero se explica el concepto de guerra anfibia, se abordan las distintas operaciones que la definen, especialmente el asalto anfibia, y se describe su evolución histórica hasta 1925. Constituye la base teórica sobre la que se va a articular nuestro análisis del desembarco de Alhucemas.

En el segundo, se analiza la compleja dinámica que culminó en el protectorado español en Marruecos

y la evolución de las campañas militares hasta 1925, finalizando con el ataque de Abd-el-Krim a la zona francesa de Marruecos y sus consecuencias.

En el tercero, se aborda el surgimiento de la idea de realizar un desembarco en Alhucemas, que situamos en la segunda mitad del siglo XIX, y se estudian los diferentes planes que se sucedieron hasta 1925, así como el desembarco de Alcázar Seguer, considerado un ensayo de esta operación.

En el cuarto, se estudia la República del Rif y su ejército, así como los aliados internacionales que tuvo esta organización política protonacional.

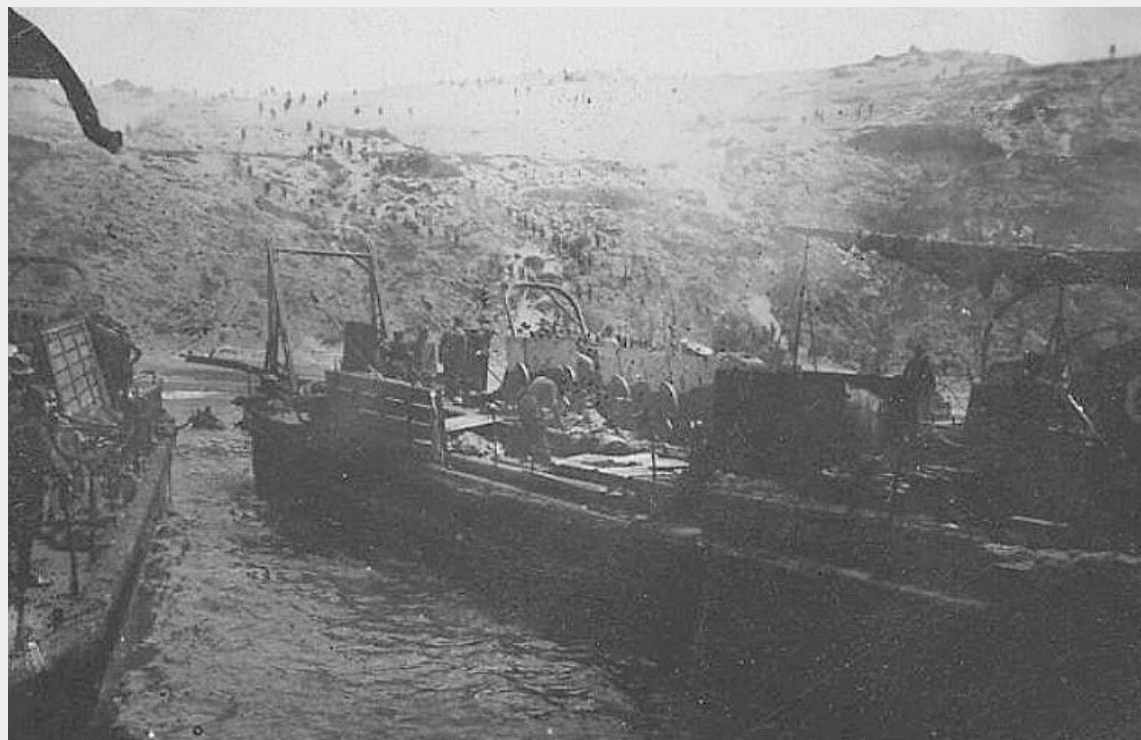
En el quinto, se describen las fases de planificación y preparación y de acciones previas del asalto anfibia sobre Alhucemas, analizando sus aspectos positivos, así como sus limitaciones.

En el sexto, se explican las fases de desplazamiento al objetivo y de desembarco, abordando los contratiempos que se produjeron, la intervención del azar en su desarrollo y las acciones que hicieron posible su éxito.

En el séptimo, se analiza la fase de consolidación, explicando las diferentes operaciones que tuvieron lugar en la misma, y que culminaron con la razzia de Axdir, capital de Abd-el-Krim, el 2 de octubre de 1925.

En el octavo, se aborda la fase de explotación, tanto las operaciones que tuvieron lugar, así como los diferentes intentos de negociación hasta la derrota del líder rifeño.

En el noveno, se explican las operaciones finales que permitieron la pacificación del Protectorado en 1927, así como la posible influencia de la operación de Alhucemas en Estados Unidos, Francia y Reino Unido.



Momento crítico durante el desembarco en la playa de Ixdain. Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Iconografía, sign. F-13356.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Agradecimientos
Introducción

- 1 **LA GUERRA ANFIBIA**
- 2 **EL LARGO CAMINO A ALHUCEMAS
(1859-1925)**
- 3 **UNA VIEJA OPERACIÓN**
- 4 **LA REPÚBLICA DEL RIF:
EL CONTEXTO INTERNACIONAL**
- 5 **¡POR FIN! ALHUCEMAS,
¿UNA OPERACIÓN BIEN DISEÑADA?**
- 6 **¡HACIA ALHUCEMAS!**
- 7 **LA FASE DE CONSOLIDACIÓN
(13 DE SEPTIEMBRE
- 2 / 13 DE OCTUBRE)**
- 8 **LA FASE DE EXPLOTACIÓN:
LA DERROTA DE ABD
EL-KRIM (1925-1926)**

Epílogo de una contienda.
¿La resurrección de una forma de guerra?

Conclusiones
Bibliografía
Índice analítico



DOSIER DE PRENSA



CAPÍTULO 1

LA GUERRA ANFIBIA

De entre las acciones que engloban este tipo de guerra, las más importantes son, sin duda, las operaciones anfibias, entre las que se distinguen cuatro tipos:

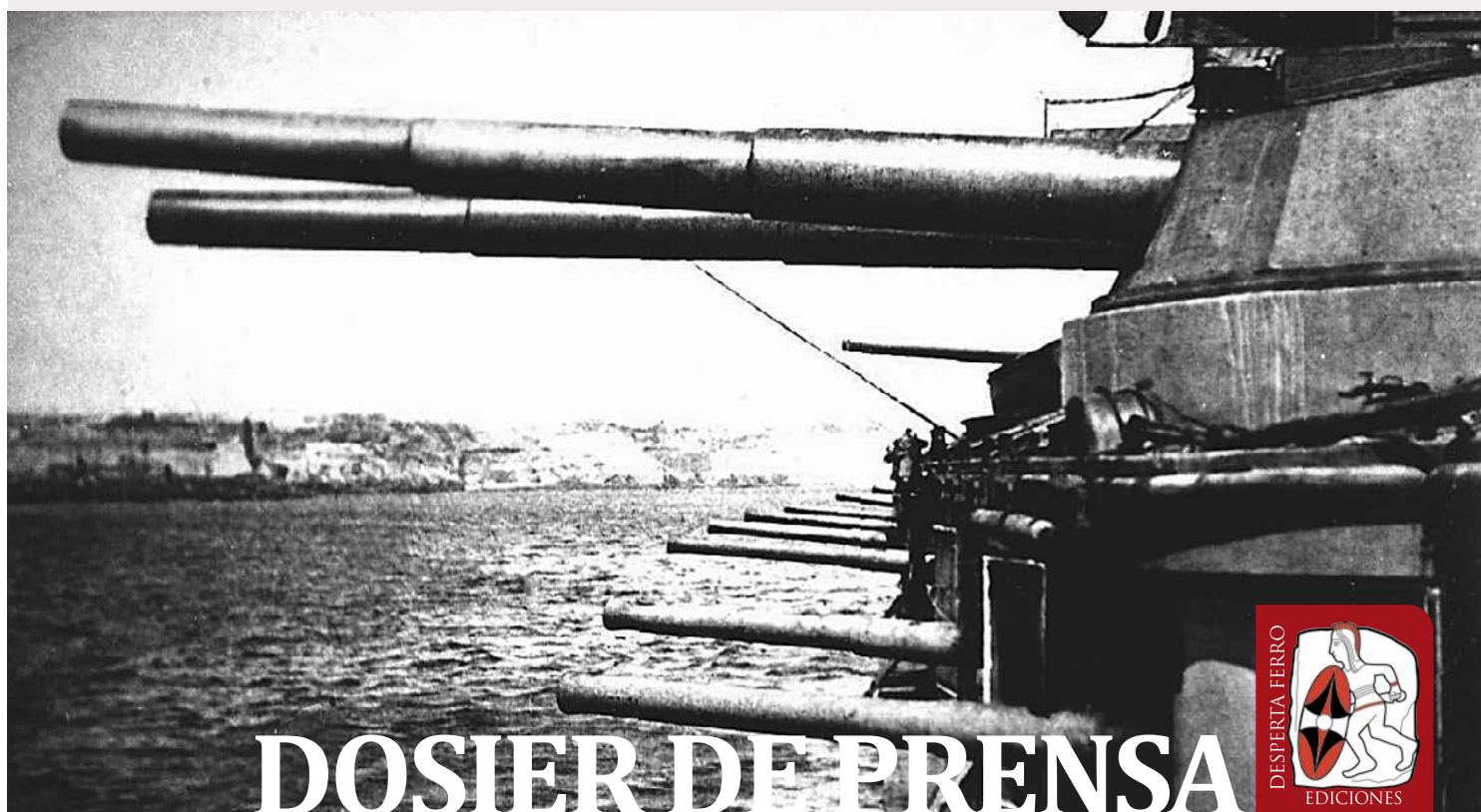
1. *Asalto anfibio*. Sin duda, la más conocida de las operaciones anfibias. El objetivo es desembarcar una fuerza terrestre en territorio enemigo con objeto de consolidar una cabeza de playa que se utiliza como base para, posteriormente, lograr los objetivos previstos. El alcance de estos depende del tamaño de la fuerza desembarcada. Ejemplos de asaltos exitosos son Alhucemas en 1925 o Normandía en 1944.
2. *Incursión anfibia*. Se trata de una operación anfibia que implica la consecución de un objetivo inmediato por las tropas desembarcadas y su posterior retirada. Es, por tanto, una acción limitada en el espacio, en el tiempo y en el tamaño de las fuerzas implicadas. Un ejemplo fracasado fue la incursión de Zeebrugge (Bélgica) en abril de 1918 con la que los británicos intentaron bloquear el acceso al mar de los submarinos alemanes con base en el Flandes belga.
3. *Retirada anfibia*. Esta acción implica el embarque de personal militar o civil y de suministros y puede tomar dos formas:

planificada y embarque de emergencia desde una costa hostil o potencialmente hostil. Algunos ejemplos fueron Galípoli en 1915-1916 o la evacuación del Ejército serbio en 1916.

4. *Demostración anfibia*. Se lleva a cabo para mostrar fortaleza ante el enemigo para engañarle y obligarle a otro curso de acción. El ejemplo más exitoso fue, probablemente, el del Cuerpo de Marines de Estados Unidos [*U.S. Marine Corps*] y la Armada de Estados Unidos [*U. S. Navy*] durante la Guerra del Golfo de 1991.

El asalto anfibio es, sin duda, la operación más característica de este grupo de acciones. Sin embargo, a veces se confunde «operación anfibia» con «operación de desembarco», cuando la segunda es una de las fases de la primera. Speller y Tuck señalaron cinco etapas en este tipo de acciones: planificación y preparación, desplazamiento hacia el objetivo, operaciones previas al asalto, desembarco y consolidación y explotación. Esta división resulta, a grandes rasgos, correcta. No obstante, nosotros consideramos que la última de las fases establecidas por los dos autores anglosajones debe dividirse porque un asalto anfibio puede consolidarse, pero puede fracasar a continuación en la explotación del éxito.

Costado de un acorazado con toda su artillería fuera de las casamatas. Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Iconografía, sign. F-06068.



CAPÍTULO 2

EL LARGO CAMINO A ALHUCEMAS (1859-1925)

No fue el desastre de 1898 el que llevó a los militares españoles a pensar en la expansión en Marruecos, sino la Guerra de África (1859-1860) y la situación interior y exterior que vivió España en el siglo XIX. A partir de esta suma de dinámicas, y más allá de las expediciones científicas que se organizaron en la segunda mitad del siglo XIX, empezó a germinar entre los militares españoles la idea –contraria a la posición de la élite política, favorable al mantenimiento del *statu quo* en el Mediterráneo occidental– de que era necesario conquistar el país norteafricano para devolver a España su posición entre las grandes potencias y acabar así con el ensimismamiento del pueblo. Para ello, contarían con el apoyo entusiasta de su futuro capitán general, Alfonso XIII el Africano, que, desde el primer momento, apostó por la conquista completa de la zona española del Protectorado, como reflejaron los telegramas cifrados entre la embajada francesa en Madrid y París en 1909: «tengo dudas porque la postura del Rey en los asuntos marroquíes está guiada por su deseo de grandeza de su Ejército y de España, aunque creo que el gobierno templará los sentimientos del monarca».

Sin embargo, a pesar de este interés por el territorio marroquí, los militares españoles tenían un completo desconocimiento de la guerra irregular en el norte de África. Una laguna que quedó patente por el hecho de que no se estudiaron en las academias ni se tradujeron las memorias del antiguo mariscal de Napoleón Bonaparte, veterano de la Guerra de la Independencia española (1808-1814) y experto en lucha antiguerrillera, Thomas Robert Bugeaud, que, en siete años (1840-1847), había acabado con la rebelión de Abd el-Kader en Argelia. La trascendencia de su táctica radicó en que rompió con los principios de la guerra convencional, pues pronto se dio cuenta de que la mayor parte de las bajas francesas se había producido en las acciones de los insurgentes contra los puestos fijos relativamente fortificados, los célebres *blocaos* españoles, y las columnas que los aprovisionaban. Asimismo, los ataques contra los rebeldes, ejecutados por pesadas columnas de miles de hombres apoyadas con artillería que precisaban largos trenes de aprovisionamiento, nunca conseguían diezmar al enemigo porque se retiraba de inmediato para, posteriormente, atacar la retaguardia y a los rezagados franceses. Para superar esta situación, Bugeaud tomó seis decisiones que dieron lugar a un nuevo ejército y a tácticas novedosas:

1. Movilidad. Sustituir los puntos fijos fortificados por partidas de exploradores y columnas

móviles formadas por algunos centenares de hombres armados ligeramente. Estas unidades podían desplegarse rápidamente y converger desde direcciones diferentes hacia un objetivo seleccionado con anterioridad.

2. Moral. Mejorar las condiciones de los soldados, proporcionándoles cuidados médicos, uniformes y alimentos de calidad.
3. Liderazgo. Lograr que todos sus subordinados obedecieran sus órdenes y defenderles cuando cometían represalias sobre la población civil.
4. Potencia de fuego. Desplegar pequeñas formaciones con campos de tiro solapados para proporcionarse apoyo mutuo. Las descargas estaban controladas y no comenzaba hasta que el enemigo estaba lo suficientemente agrupado para que fueran efectivas.
5. Razias. Arrasar las cosechas, sacrificar el ganado, destruir pueblos y actuar brutalmente contra la población civil. Es decir, desencadenar una guerra total para desmoralizar a los rebeldes y provocar su rendición, siendo el primer territorio donde se aplicaría por primera vez esta forma de conflicto. Posteriormente lo harían los británicos en la India, los rusos contra los circasianos en el Cáucaso, los alemanes en Namibia contra los hereros y nama, los italianos en Libia o los españoles en Marruecos.
6. Soldados profesionales. Para limitar las bajas de soldados franceses, el mariscal reorganizó la Legión Extranjera y reclutó soldados indígenas: gums (tropas de montaña), espahíes (jinetes) y zuavos (infantes).

Los militares españoles desconocían estas reformas por completo. El resultado fue que cuando estalló el conflicto en el norte de Marruecos, utilizaron exactamente las mismas tácticas que los predecesores de Bugeaud, por lo que obtuvieron idéntico resultado: «así, en Marruecos contemplamos a un Ejército esparcido en centenares de posiciones que aprisionaban sus efectivos en situaciones absurdas, con los hombres concentrados y expuestos a la desmoralización».

Solo cuando, como hizo Bugeaud, se construyó un nuevo ejército y se adoptaron tácticas más eficientes fue posible la victoria en Marruecos.

CAPÍTULO 3

UNA VIEJA OPERACIÓN

Las barcazas K adquiridas al Reino Unido en la playa de la Cebadilla. *Revista Hispano-Africana*, octubre 1925.

Uno de los consensos historiográficos que goza de una aceptación general en el ámbito académico es que la idea del desembarco de Alhucemas tiene su origen en la contienda marroquí que comenzó en 1909. La única excepción la constituyeron los historiadores del Servicio Histórico Militar, los cuales no dudaron en escribir:

Desde que ocupó España la isla de Alhucemas, el Peñón de Vélez de la Gomera y otros puntos del Norte de Marruecos, puede afirmarse que nació la idea de desembarcar en su día en aquella parte del litoral africano, ya que esos islotes, antenas de la civilización hispana orientada hacia África por razones históricas raciales, representaban, no ya sólo derechos históricos en potencia, sino, lo que constituye inmediata consecuencia: idea de penetración con las modalidades que la situación histórica del momento pudieran imponer.

No obstante, aunque los militares que trabajaron en esta obra retrasaban el supuesto interés de los españoles por la célebre bahía a los siglos XVI-XVII, cuando se conquistaron los accidentes geográficos a los que hacían referencia, la posibilidad de desplegar un asalto anfíbio sobre la misma empezó a tomar forma en el siglo XIX, coincidiendo con el renovado interés del Ejército español por poner en marcha un proyecto de expansión imperial en Marruecos. Así, en 1855, se llevó a cabo un reconocimiento desde el peñón de Vélez de la Gomera hasta la desembocadura del Muluya, que marca el límite oriental de la bahía. Esta operación fue realizada por una comisión de jefes y capitanes de Estado Mayor, Artillería e Ingenieros, más un jefe de la Armada, a las órdenes del general de brigada Manuel Buceta del Villar, gobernador militar de Melilla. Su objetivo era estudiar y determinar:



- Los fondeaderos y puntos para posibles desembarcos en la costa mediterránea de Marruecos;
- los medios necesarios para poner en marcha una operación de ese tipo;
- las unidades de infantería y caballería que debían emplearse;
- los itinerarios costeros que podían seguir las tropas bajo la protección de los cañones de los navíos, así como los terrestres y marítimos más adecuados para desencadenar una expedición punitiva contra los cabileños;
- los posibles lugares para acampar y para reembarcar a los soldados;
- la posible construcción de un puerto en las islas Chafarinas;
- la conveniencia de la ocupación de todo o parte del campo exterior de Melilla, perdido a consecuencia del asedio de las fuerzas marroquíes entre 1774 y 1775;
- la puesta en marcha de una política de atracción de los caídos de las cabilas mediante «subvenciones»;
- la posible organización de tropas indígenas

«La comisión terminó el estudio y reconocimiento de la costa, y dio un brillante y luminoso informe, que actualmente se halla en el Depósito de la Guerra».

CAPÍTULO 4

LA REPÚBLICA DEL RIF

En el viejo solar y en la zona de influencia de la Sublime Puerta hubo cinco grandes revueltas con una gran repercusión. La primera, la que estalló en la propia Turquía, convertida en colonia por las potencias europeas en el Tratado de Sèvres el 10 de agosto de 1920, aunque mantenía la monarquía como forma de Estado. La revolución nacionalista y anticolonial liderada por Mustafá Kemal –Atatürk–, que no dudó en colaborar con la Unión Soviética, la transformó en una república soberana en 1923. La segunda, la de Egipto, un virreinato controlado por Gran Bretaña que reconocía la soberanía nominal de Estambul hasta 1914 y

diente del Reino Unido en 1922 encabezado por el rey Faisal I. La cuarta, la de Siria, otra provincia otomana hasta 1919 también transformada en «Mandato Tipo A» francés en 1920 donde la llamada Gran Revuelta desencadenada entre 1925 y 1927, que tuvo una honda repercusión internacional –en especial en la Sociedad de Naciones– a causa de la represión francesa, muy dura, finalizó con un pacto entre París y las élites locales que aflojó el control francés y concedió cierta autonomía a este territorio. Por último, la del Rif, donde el establecimiento del Protectorado franco-español sobre Marruecos no puso fin a la soberanía del

monarca de Fez ni a la autoridad espiritual que ejercía el sultán otomano, depositarios del título de califa, sobre este territorio. Esta vinculación se manifestó en el apoyo de la mayoría de los caídos de las cabilas al llamamiento turco para una yihad contra la entente franco-británica en 1914. En este contexto de crisis del antiguo orden y del nacimiento de un nuevo mundo se produjo la rebelión de Abd el-Krim en 1921 y el surgimiento de la República del Rif como proyecto nacionalista. Sin embargo, a diferencia de los cuatro casos anteriores, el fracaso fue total. ¿Por qué? Porque el líder

rifeño no quiso ser como los reyes Fuad y Faisal con el objetivo de distinguirse del propio monarca marroquí Muley Yúsuf (1912-1927), que había pactado con París y Madrid, ni tampoco como los notables sirios que negociaron con los franceses. Su aspiración era ser el Mustafá Kemal del Rif, conseguir la plena soberanía e independencia de esta región. Así se lo reconoció a Roger-Mathieu: «Luego pasa a los turcos. De repente, le brillan los ojitos. Adora a los turcos. Empieza el panegírico de Mustafá Kemal. “¡Ese es el espíritu! Eso es un hombre!”». Cuando esta posibilidad se tornó imposible por la vía negociadora, no le quedó otra opción que la victoria militar total, como la que había conseguido el líder turco. Su derrota en el campo de batalla significó el fin de su proyecto político y el pleno control español de su porción del Protectorado marroquí.



El empresario vasco Horacio Echevarrieta junto con Abd el-Krim en 1923 en el transcurso de las negociaciones para liberar a los españoles que el caudillo rifeño tenía prisioneros.

un protectorado oficial británico durante 1914-1918. Al año siguiente se inició una revolución nacionalista encabezada por el partido Wafd, que consiguió la independencia nominal bajo la forma de monarquía constitucional encabezada por el rey Fuad I y articulada entre 1922 y 1923. En este proceso tuvo un papel fundamental la vía negociadora y la intensa agenda internacional de los dirigentes nacionalistas. La tercera, la de Irak, una antigua provincia otomana hasta 1919 convertida en «Mandato Tipo A» británico a partir de 1920 y donde un proceso revolucionario culminó en el establecimiento de un reino semiindependiente

CAPÍTULO 5

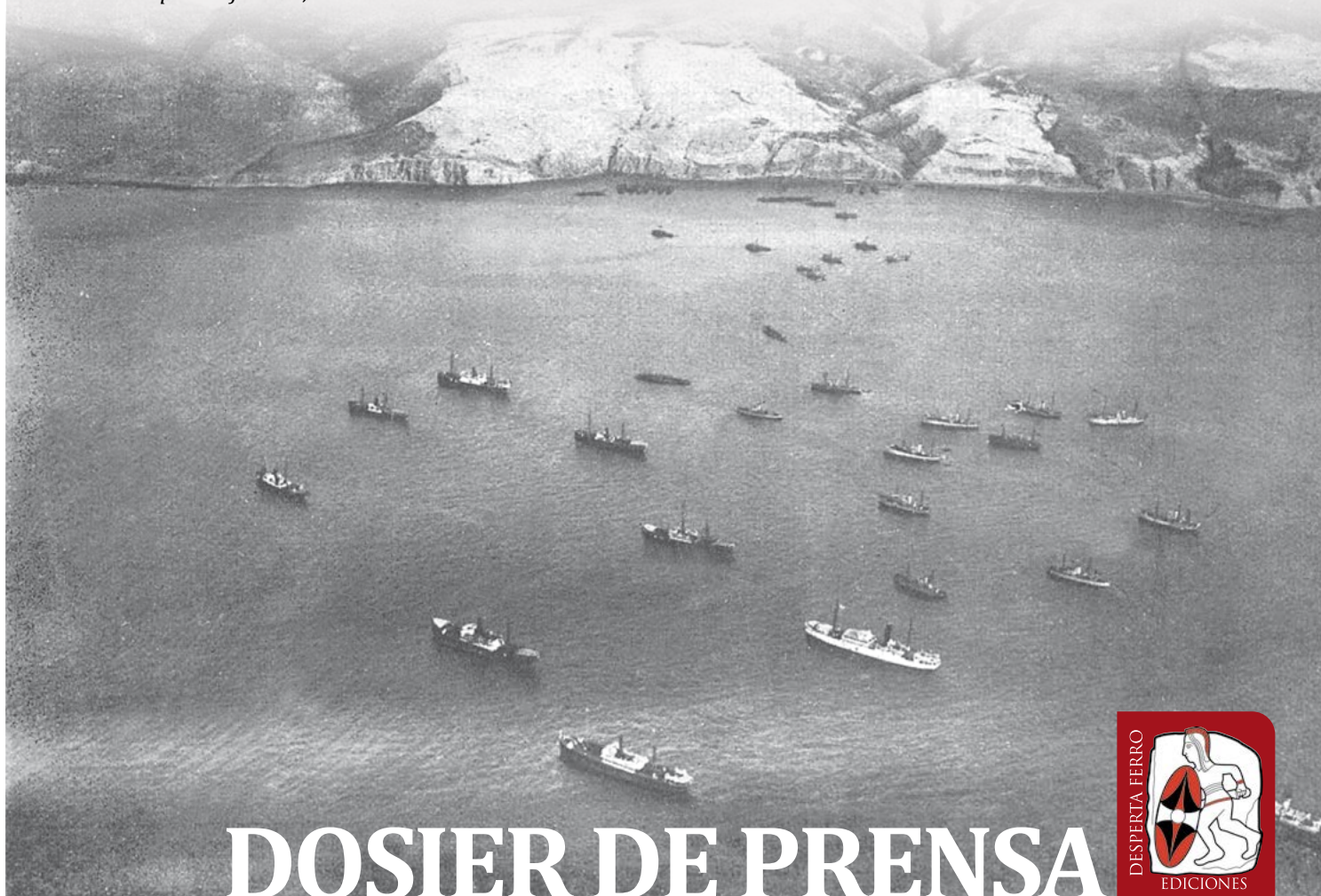
¡POR FIN! ALHUCEMAS, ¿UNA OPERACIÓN BIEN DISEÑADA?

¿Cuáles eran los objetivos ocultos tras estas condiciones? El más importante, sin duda, romper la alianza hispano-francesa y acabar con los aspectos que provocaban la discordia entre el líder rifeño y París, en particular: la sumisión al sultán de todo el territorio bajo el Protectorado, así como la propaganda islámica que ocasionaba problemas en la parte francesa del mismo. Si desaparecían los puntos de fricción entre ambas partes, el Gobierno galo podía abandonar el conflicto. Tras producirse este hecho, Abd el-Krim tendría éxito en sus reivindicaciones, pues consideraba que podría derrotar a España si las fuerzas armadas de esta nación no contaban con la ayuda francesa. Sin embargo, había otro objetivo en esta misiva nada desdeñable y que se vinculaba con un asunto que había sido clave en este conflicto desde antes incluso de iniciarse: las minas. El líder rifeño sabía perfectamente que solo si conservaba la competencia sobre las concesiones para la explotación de estos recursos podía consolidar su Estado en el Rif. Una organización que ocuparía la totalidad de la zona española del Protectorado y convertiría a España en la gran perdedora de este conflicto.

La situación, por tanto, al comienzo del verano de 1925, solo podía definirse como confusa. Por un lado, Madrid, sin una estrategia clara para acabar con el conflicto, puesto que, si bien seguía primando la vía política, la negociación, a pesar de que había fracasado reiteradamente, también apostaba por una operación militar limitada. Por otro, París, donde la coalición gubernamental tampoco tenía definidos sus objetivos en este territorio y, además, tenía que hacer frente a la propaganda comunista contraria a la guerra. En medio, Abd el-Krim, que se aprovechaba de esta desorientación para plantear un programa de máximos, convencido de que el tiempo jugaba a su favor, ya que las contradicciones existentes en sus enemigos terminarían provocando la ruptura de su alianza. Solo Pétain tenía una estrategia clara para resolver este conflicto.

El 29 de julio de 1925, el mariscal francés se reunió por primera vez con Primo de Rivera en Ceuta. Desde la plaza de soberanía española se trasladaron a la capital del Protectorado español, Tetuán, para celebrar una conferencia. Fue en esta reunión donde Pétain, con mucha más experiencia que el dicta-

La flota mercante española se acerca a la playa de la Cebadilla para desembarcar soldados, municiones y material sanitario. *Revista Hispano-Africana*, octubre 1925.



DOSIER DE PRENSA





El general Sanjurjo arenga a las tropas del Tercio antes de embarcar para la operación sobre Alhucemas. *Mundo Gráfico*, 16-9-1925.

dor español en asuntos militares, empezó a poner en cuestión el alcance del plan español, convencido de que un asalto anfibio sobre Alhucemas, que no conllevara otras operaciones subsiguientes, no tendría ningún efecto sobre Abd el-Krim. Es probable que en este encuentro se acordara la necesidad de poner en marcha, tras el desembarco, una fase de consolidación que culminara con la toma de la capital de Abd el-Krim, Axdir. La operación anfibia empezaba a tomar forma.

Tras este encuentro, la diplomacia española apremió a los políticos franceses para acelerar la puesta en marcha de la operación porque «el viento de levante, que históricamente sopla con fuerza en septiembre en el entorno de la bahía, provocaba fuertes marejadas, e imposibilitaría llevar adelante una operación de esa naturaleza». Estas prisas españolas, si bien podían justificarse por razones meteorológicas, es probable que también fueran consecuencia del temor que provocaba la idea de que el Gobierno francés cambiara de parecer, una situación posible a pesar de que Pétain se había hecho ya cargo del mando directo de las operaciones en Marruecos tras haber viajado a París. A su regreso, concertó un nuevo encuentro con Primo de Rivera, que tuvo lugar en Algeciras (Cádiz) el 21 de agosto. A esta reunión también asistieron el jefe del estado mayor del segundo, el ya general de división, Ignacio María Despujol y Sabater; el comandante general de Melilla, el general Sanjurjo, y su jefe de Estado Mayor, el coronel José Sánchez-Ocaña Beltrán; el comandante en jefe de la Escuadra de Instrucción en Marruecos, el vicealmiran-

te Francisco Yolí Morgado, y su jefe de Estado Mayor, el capitán de navío Joaquín Montagut y Miró; el jefe de las Fuerzas Navales del Norte de África, el contraalmirante Eduardo Guerra Goyena, y su jefe de Estado Mayor, el capitán de fragata Carlos Boado Suanzes; y el contraalmirante francés Jules-Émile Hallier, jefe de la 3.^a División Ligera, con base en Orán (Argelia). Pétain, que había estudiado el proyecto en París entre el 30 de julio y el 20 de agosto, estaba preocupado en ese momento porque conocía las condiciones adversas en que había de desarrollarse –inexistencia del factor sorpresa, ataque a una posición fortificada y de fácil defensa, imprevisión del tiempo meteorológico, etc.– y, sobre todo, porque le obsesionaba la idea de no poder controlar todas las circunstancias que podían influir en la operación. Tampoco le convencía, como también había apuntado Gómez-Jordana, la playa de Suani. De mutuo acuerdo se desechó este accidente geográfico, pues las defensas rifeñas eran muy fuertes, como había advertido el general español, y se optó por las de Sfiha y las de la Cebadilla y Punta de los Frailes, situadas al este de la península de Morro Nuevo, dentro del territorio de la cabila de Bocoya que, si bien era rebelde a la autoridad de España y aliada de Abd el-Krim, no era tan aguerrida como la de los Beni Urriaguel:

El sitio señalado eran las playas de Suani y Sfiha, es decir, el terreno bajo comprendido entre Morro Nuevo y Cabo Quilates. Por suerte nuestra, en 1925 se varió a última hora la decisión del punto de desembarco, sin que concretamente pueda yo afirmar a quién se debió la inspiración afortunada de efectuarle en la playa de la Cebadilla, al Oeste de la península de Morro Nuevo, que por algunos se atribuye a un inteligente marino, ya fallecido, y a esta elección se debió en parte muy principal el éxito.

Aunque tuviera esa duda, Pétain también estaba convencido de la capacidad de los militares españoles de acometer una operación de este tipo tras el éxito del desembarco de Alcazarseguir el 30 de marzo de ese mismo año.

CAPÍTULO 6

¡HACIA ALHUCEMAS!

El desembarco de parte de las unidades de la Brigada Fernández Pérez en los Frailes convenció definitivamente a Abd el-Krim de que se hallaba ante una gran operación anfibia que buscaba sobre el papel su derrota final. Por tanto, había que expulsar a las tropas españolas antes de que terminaran de consolidar de forma definitiva su posición. Sin embargo, también había observado que sus efectivos no podían atacar en pleno, día pues el dominio de los cielos por la aviación española no solo acababa con cualquier efecto sorpresa, sino que le infligía numerosas bajas en su artillería, batida desde el cielo. El desembarco de Alhucemas empezaba a demostrar que el poder aéreo era un factor de primer orden en los conflictos y abría un debate que, en 1944, enfrentó a los mariscales de campo alemanes Erwin Rommel y Gerd von Rundstedt acerca de cómo enfrentarse a un asalto terrestre en Francia.

Ante esta tesitura, y aconsejado por sus colaboradores más directos, el líder rifeño optó por desencadenar una ofensiva nocturna sobre el flanco más débil del dispositivo español: el cubierto por la columna de Goded:

El punto de ataque estaba bien elegido, pues si, como esperaba Abd-el-Krim, hubiese logrado hundir el frente de la columna de Melilla entre el Puesto de mando de la mehallá y el Collado de la Harca, las fuerzas enemigas, descendiendo por la barrancada de la playa de los Frailes, habrían cogido de revés todas las posiciones de la columna de Ceuta cortándolas de la playa de Cebadilla y la situación del Cuerpo de desembarco habría sido desesperada.

A las 20.30 h, tras una potente descarga artillera que duró más de dos horas, y en la que se utilizaron morteros y cañones, los rifeños lanzaron un potente ataque con bombas de mano encabezado por los guerreros de la cabila Beni Urriaguel, que logró ocupar la Casamata del Cañón, donde perecieron todos los defensores. Inmediatamente, Goded ordenó que la posición fuera recuperada, lo que hizo un tabor de la harca de Varela media hora después. Este fracaso no desanimó a los rifeños, que se lanzaron contra el núcleo del dispositivo español y atacaron a los efectivos de la mehallá con numerosas granadas de mano y fuego de fusilería a las 22.30 h. A pesar de la re-

sistencia de los soldados de Abreu, el frente terminó por romperse y los rifeños penetraron por la brecha. La situación era entonces desesperada, por lo que el teniente coronel envió un mensaje a Goded a las 00.30 h para pedirle municiones y granadas de mano para poder resistir. El jefe de la columna tomó una decisión desesperada, pues no solo envió las unidades de las que disponía –una mía de la harca de Varela y dos compañías de zapadores–, sino que ordenó a los soldados españoles del Regimiento de Melilla, del Batallón de Infantería de Marina y de las unidades de zapadores:

Preferí optar por dejar totalmente sin municiones a estas fuerzas europeas, y haciéndolas desfilar por delante de mí, para que no opusieran resistencia ante el natural temor de quedar indefensas, se recogieron en mantas, en la oscuridad de la noche, sus cartuchos y granadas de mano y se municionaron las fuerzas indígenas, que siguieron manteniendo la línea.

Esta decisión de uno de los *africanistas* más importantes revelaba la extraordinaria confianza que tenía en las unidades profesionales y no tanto en las de reemplazo, actitud que se explicaba por los hechos ocurridos desde 1909 y que fue clave para conformar un nuevo Ejército en Marruecos.

El último asalto se produjo hacia las 2.00 h sobre el Collado de la Harca. Sin embargo, esta vez careció del empuje de la acción anterior, por lo que fue detenido en torno a las 4.00 h. Así terminó la acción ofensiva más importante llevada a cabo por Abd el-Krim en Alhucemas con objeto de infligir una derrota decisiva al Ejército español. Goded sintetizó su relevancia, así como rindió homenaje a sus enemigos:

En este ataque puede asegurarse cifró Abd-el-Krim la esperanza de arrojar al mar el cuerpo de desembarco, por efectuarlo con los mejores guerreros de Beni Urriaguel, a base de sus Regulares rifeños, entre los que había 200 juramentados que casi todos cayeron en ese ataque y en el de la noche siguiente. La particularidad de este ataque, por primera vez observada por el autor en la campaña marroquí, fue el método, la dirección de un mando único y experto con que

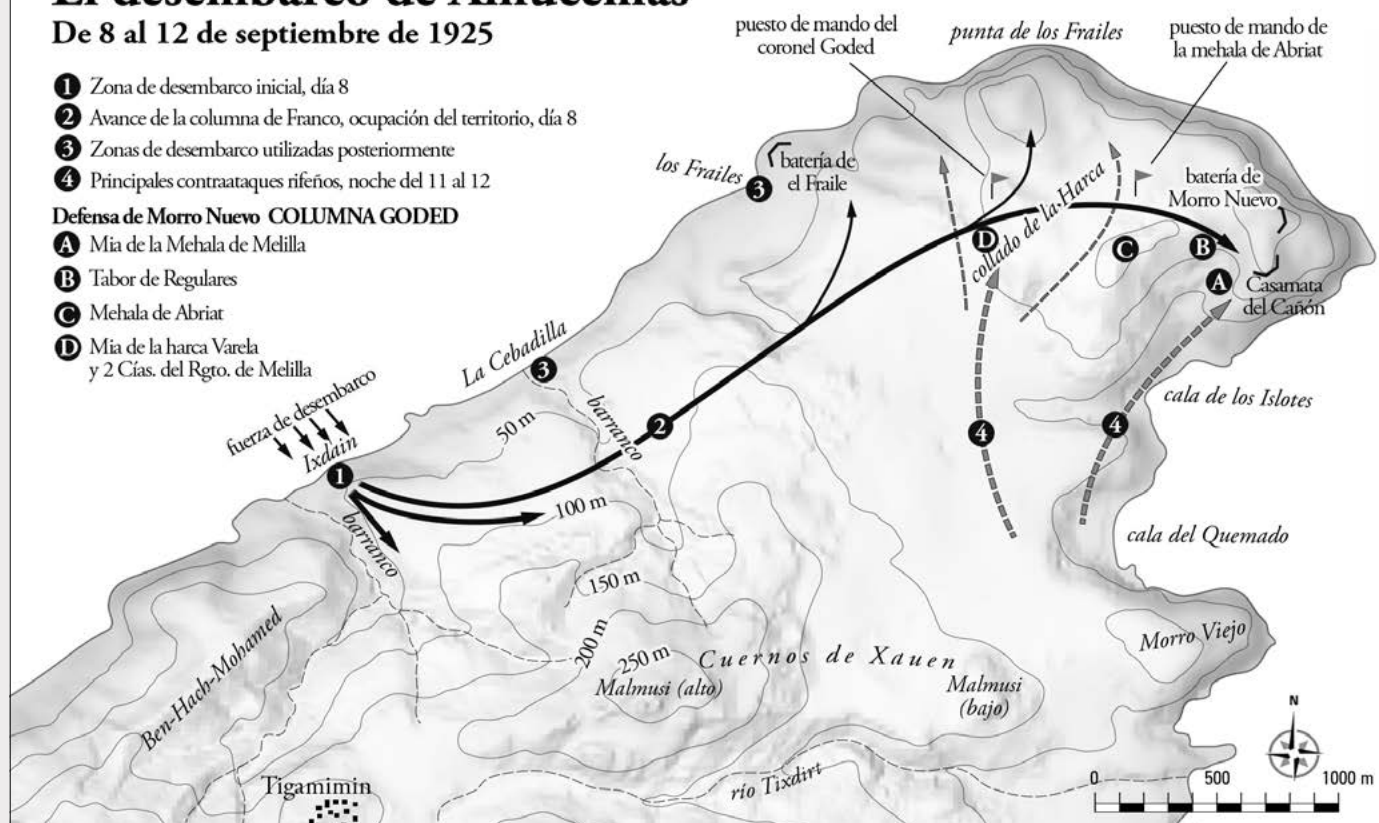
El desembarco de Alhucemas

De 8 al 12 de septiembre de 1925

- ① Zona de desembarco inicial, día 8
- ② Avance de la columna de Franco, ocupación del territorio, día 8
- ③ Zonas de desembarco utilizadas posteriormente
- ④ Principales contraataques rifeños, noche del 11 al 12

Defensa de Morro Nuevo COLUMNA GODED

- A Mía de la Mehala de Melilla
- B Tabor de Regulares
- C Mehala de Abriat
- D Mía de la harca Varela y 2 Cías. del Rgto. de Melilla



fue conducido por el enemigo. La iniciación de los asaltos por medio de señales luminosas, perfectamente visibles y observadas por mí, la paralización del fuego simultáneamente en toda la línea al cesar cada asalto, la preparación artillera cronometrada en plena noche, los ataques de tanteo, los objetivos perfecta y certeramente señalados, son detalles que daban la sensación de luchar con un ejército regular y organizado, obediente a un mando único y capacitado.

No obstante, la acción del 11 de septiembre también puso de manifiesto otros tres aspectos de suma importancia. El primero, el carácter extemporáneo de este ataque de Abd-el-Krim, a consecuencia de haber apostado todas sus opciones en la ofensiva sobre Kudia Tahar. Así lo explicaron los historiadores del Servicio Histórico Militar:

El momento de su iniciación fue poco oportuno por indudablemente tardío, consecuencia natural de las dificultades con que efectuaron la concentración en la que invirtió tres días a través de un país desprovisto de vías de comunicación, y por las demostraciones navales verificadas frente a las playas de Suani

y Uad Lau, permitiendo así a la columna de desembarco disponer del tiempo necesario para buscar en la fortificación la constitución de un frente con sus flancos apoyados en el mar y guarnecidos por tropas perfectamente encuadradas, en posesión de una moral elevadísima. Todos estos factores determinaron el fracaso de los osados e impetuosos ataques enemigos.

El segundo, que el entrenamiento que las fuerzas españolas habían recibido antes de la invasión había dado fruto. La disciplina de fuego de las distintas unidades en la playa, así como la eficaz coordinación entre la infantería, la artillería y los zapadores, permitieron a los españoles rechazar a los rifeños. La derrota fue tan decisiva que, aparte de los disparos de los francotiradores y del fuego de artillería, los rifeños no volvieron a lanzar un asalto a la cabeza de playa, salvo en la noche del 13 de septiembre, que también fue rechazado.

El tercero, que la decisión del dictador de desgajar tres excelentes unidades de choque de la columna de Goded la había debilitado enormemente y había supuesto una oportunidad para que el golpe rifeño tuviera éxito, una situación que estuvo a punto de producirse.

CAPÍTULO 7

LA FASE DE CONSOLIDACIÓN

(13 DE SEPTIEMBRE - 2 / 13 DE OCTUBRE)

Tras la caída de la capital rifeña solo restaba estabilizar la línea ocupada por el Ejército español. El protagonismo de las operaciones finales en esta fase iba a corresponder a una columna que, hasta entonces, había tenido un papel secundario: la de Vera. La orden que recibió este coronel fue la de cerrar el collado de las Rocosas y asegurar la línea comprendida entre estas alturas y el Amekran. Para ello, organizó sus unidades en dos agrupaciones a las órdenes de los tenientes coroneles Balmes y Sebastián Pozas Perea, con las unidades indígenas como punta de lanza del ataque. Contarían con el apoyo de las baterías de la columna y de las establecidas en Amekran y Adra Seddun, a las órdenes del teniente coronel Modesto Aguilera y Ramírez de Aguilera, más los cañones de la isla de Alhucemas y de la Escuadra, enlazadas con el mando artillero por medios ópticos establecidos en Adrar Seddun y por un oficial de artillería desplazado al Alfonso XIII.

En la noche del día 12 de octubre, la agrupación de Balmes quedó concentrada en la explanada de la playa de Sfiha, mientras que la de Pozas se quedó en Amekran. A las 5.30 h del día siguiente, la harca de Varela, con más en ambas agrupaciones, se puso en marcha. En treinta minutos se había apoderado de una casamata situada en el extremo sudoeste de la cresta del monte. Tras ocupar este objetivo, los harqueños se extendieron hacia el este sin apenas resistencia y ocuparon el monte Cónico de Xixafen y los collados cercanos, con el apoyo de los legionarios de la II Bandera.

Estas primeras acciones resultaron sencillas. Sin embargo, a partir de las 14.00 h, la resistencia rifeña fue en aumento gracias al empleo de fuego de fusil y granadas de mortero. Dos horas después, cerca de las 16.00 h, los hombres de Abd el-Krim intentaron un asalto sobre las posiciones españolas, pero fueron rechazados por legionarios y Regulares. Tras el fracaso de esta acción, y una vez ocupados todos los objetivos, se ordenó que se iniciaran los trabajos de fortificación, los cuales no resultaron exitosos por las características del terreno y por el limitado número de zapadores, aunque fueran auxiliados por las unidades de infantería. Ante esa tesitura, se tomó la decisión de centrarse en las crestas del macizo de Amekran y dejar para el futuro la línea que unía esta posición con la Rocosa.

En torno a las 17.15 h se ordenó el repliegue de los efectivos. Tal decisión supuso el fin de la etapa de consolidación... ¿Acaso también de la operación anfibia? Podía haber sido así porque en España existía una profunda

desorientación acerca de cuál debía ser la política en Marruecos. Francesc Cambó escribió una misiva a Primo de Rivera el 16 de octubre que apareció publicada en todos los diarios cuatro días después. En ella podía leerse:

La victoria de Axdir, restableciendo el prestigio del Ejército luego del desastre de Lau, nos coloca, como en 1922, luego de la reconquista, en condiciones de resolver de una vez el problema de Marruecos.

Continuar en Marruecos significaba persistencia de déficit, constante preocupación del pueblo español y retraso de nuestra obra de reconstitución interior, mucho más interesante que la de Marruecos.

Que la política colonial estaba en baja y que las colonias eran motivo de seria preocupación para las metrópolis. España no debía en estos momentos tan inoportunos aceptar esas preocupaciones.

Lo sucedido en la zona francesa era un elocuente ejemplo de que son ineficaces los métodos protectores para ganar la cooperación del indígena.

Y finalmente, que aun con éxitos no era deseable permanecer en Marruecos.

Las palabras del político catalán reflejaban la mentalidad de los conservadores, cuyos máximos exponentes habían sido Silvela y Maura, contrarios a la permanencia en Marruecos. También hacían referencia a un hecho de suma importancia: el comienzo de la desintegración de los imperios coloniales tras la Primera Guerra Mundial, cuyo mantenimiento estaba costando enormes esfuerzos financieros a las metrópolis europeas, no solo a España. Pero, sobre todo, demostraban que Cambó no consideraba el desembarco de Alhucemas como una fase de una operación mayor, cuyo objetivo era derrotar a Abd el-Krim, sino, simplemente, una acción militar con un claro componente político, cuyo único objetivo era limpiar las derrotas anteriores del Ejército español. Por tanto, una vez que el desembarco había tenido éxito, el paso siguiente era buscar la retirada de Marruecos.

La respuesta del dictador a esta carta no plasmó tampoco un pensamiento más depurado y estructurado en relación con qué política desplegar en el Protectorado, ya que se limitaba a plantear seis objetivos, ninguno de



La artillería del comandante Alonso bate al enemigo desde Morro Viejo en su avance sobre los Cuernos de Chauen y Malmusi. *Mundo Gráfico*, 30-9-1925.

los cuales implicaba la derrota del líder rifeño: «continuar la colaboración con Francia, perseguir el contrabando y la propaganda, intensificar la acción política y el desarme, la organización majzeniana del país, multiplicar los lazos de interés que nos ligan a los indígenas y sustituir las guarniciones por Regulares y Tercio».

Esta carencia de un programa claro de cómo hacer frente a la rebelión de Abd el-Krim limitó el alcance del asalto anfibio, al no definir una fase de explotación:

No se lograron en esta campaña del desembarco todas las ventajas que pudieron conseguirse por el esfuerzo realizado y la victoria táctica alcanzada, porque faltó en la decisión del general en jefe el propósito de penetrar entonces profundamente en Beni Urriaguel para conseguir efectos decisivos, limitándose al hecho escueto de desembarcar en Alhucemas y constituir una reducida base. El enemigo, al observar nuestra parada, comprendió llegaba el momento, tan ansiado por él y tan repetido en nuestra campaña de Marruecos, de la detención, y, rehaciéndose e instalado Abd-el-Krim en su nue-

vo refugio de Temasint, en las faldas del Yebel Hamman, preparó el cerco de nuestra base de Axdir durante todo el invierno de 1925-1926. No es cierto, por ello, como algunos han querido decir, que con el desembarco en Alhucemas en 1925 se puso fin a la campaña, atribuyendo el carácter casi de operaciones complementarias a las duras campañas de 1926 y 1927, que fué en las que realmente se derrotó al jefe rifeño obligándole a entregarse; pero no cabe discutir la gloria de la campaña de desembarco en 1925 y el alto exponente moral que con ella alcanzaron nuestras tropas de Marruecos y España entera ante el Extranjero, ni cabe, sin pasional injusticia, negar al general Primo de Rivera la decisión de efectuar el desembarco, absolutamente suya y mantenida tenazmente contra la opinión y contra la creencia de todos y aun con la desconfianza en el éxito de nuestros propios aliados.

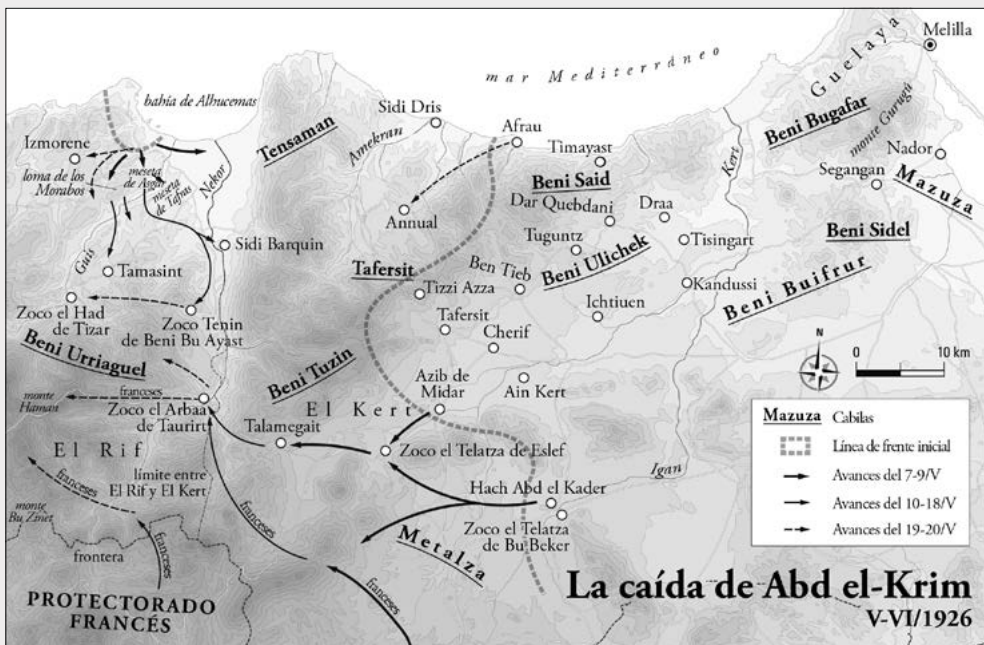
La actitud de Primo de Rivera ante las acciones francesas reflejaba dicha carencia.

LA DERROTA DE ABD EL-KRIM (1925-1926)

da en relación con Francia. El resultado fue que al líder rifeño se le dieron varias oportunidades de abandonar la lucha mediante un acuerdo pacífico, incluso como caudillo de un Rif autónomo, lo que hubiera convertido la presencia española en Marruecos en meramente simbólica. Sin embargo, su deseo de obtener un alto grado de autonomía política y de controlar la economía de esta región, que incluía también sus recursos mineros, unido a su negativa a entregar a los prisioneros españoles y franceses fueron reduciendo paulatinamente las posibilidades de una salida negociada al conflicto.

rifeño, González Carrasco ocupaba Kudia Chekran y enlazaba con la 3.^a División francesa, la cual se había apoderado de Sidi Buhar en lo más alto del Yebel el-Hammam, donde todavía resistían reductos de los Beni Urriaguel.

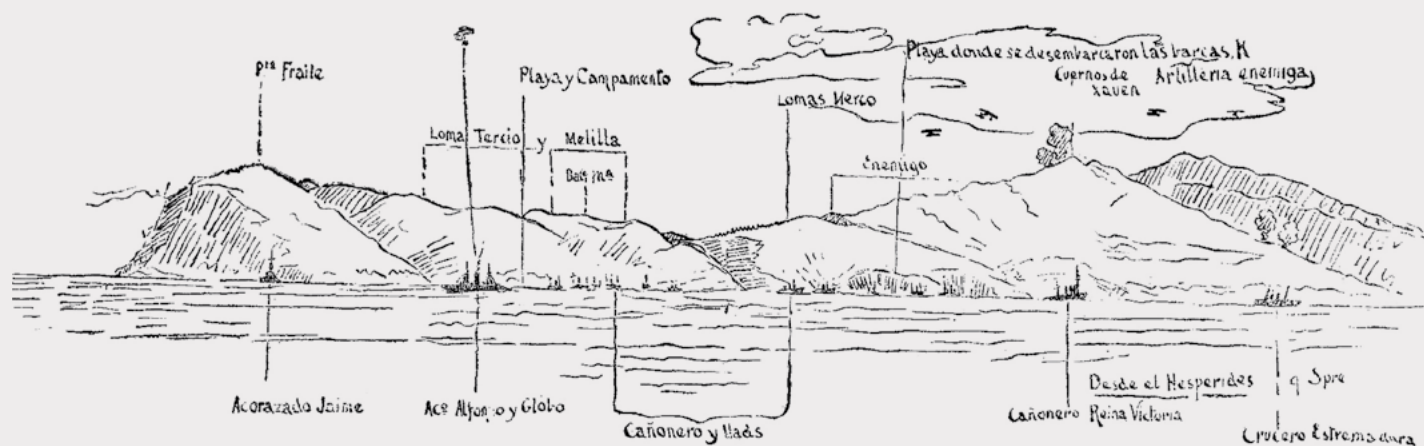
Al amanecer del 29, avanzaron todas las columnas del grupo de Axdir y se apoderaron de Izmorén y Ait Kamara. Al día siguiente, tras acudir en ayuda de González Carrasco, las de Mola y Dolla ocuparon todo el territorio de los Beni Addalah, una facción de los Beni Urriaguel. Poco después se sometieron las facciones de Tafersit, de Bocoya, y las cabilas de Beni Itéf y Beni Bu Frah. Dos días



después, el 31 de mayo, en el peñón de Vélez de la Gomera, se sometieron el jerife Hamido el Uazani de Senada y Muley el-Jalid y Muley Mustafa, hijo y sobrino, respectivamente, del Raisuni.

Finalmente, el 10 de junio, en Imzouren, el gran visir Sidi Ben Alux recibió en nombre del sultán la sumisión de las cabilas de Beni Urriaguel, Bocoya, Beni Ulichek, Beni Itef, Beni Gemol, Beni Bu Frah y Targuist.

Esta rendición simbolizaba el fin, *de facto*, de la rebelión en el Rif y, por tanto, el éxito de la fase de explotación. La operación anfibia iniciada con el desembarco de Alhucemas nueve meses antes había terminado. El triunfo solo fue posible porque todos los intentos para una salida negociada al conflicto habían fracasado, lo que permitió que se resolviera por la vía militar y asegurar, así, el Protectorado español en Marruecos.



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

